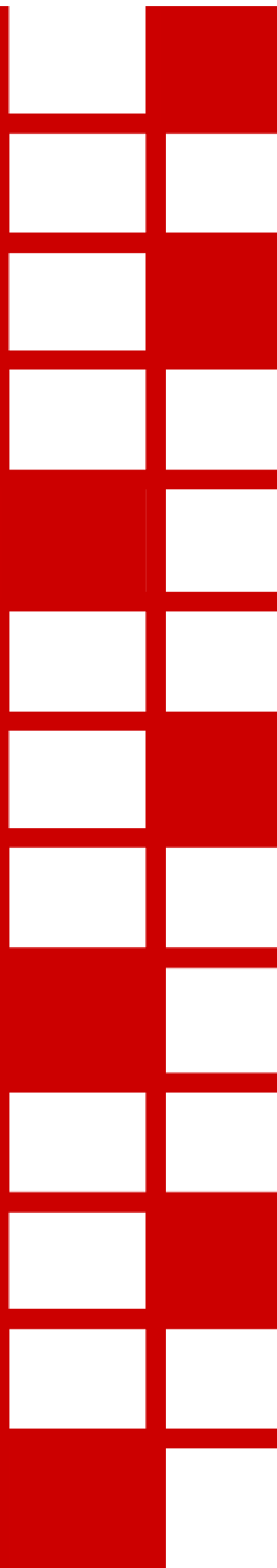


El narcotráfico: un arma del imperio

marcelo colussi



Diseño de portada: Cindy López Samayoa

Guatemala, 2012

Comentarios, críticas y sugerencias: mmcolussi@gmail.com

INDICE

Introducción.....	1
El narcotráfico: un problema social.....	5
Algunas preguntas.....	10
El narcotráfico como estrategia política.....	19
1. ¡Mucho dinero!	19
2. Una transnacional muy poderosa.....	24
3. El botín y sus consecuencias.....	28
4. La sociedad controlada.....	31
5. Dominación versus resistencia.....	36
Mesa redonda sobre el narcotráfico.....	45
A modo de conclusión: ¿qué hacer?.....	77
Entrevistas.....	85
1. Un campesino cocalero.....	87
2. Un toxicómano.....	94
3. Un narcotraficante.....	102
4. Un funcionario del gobierno estadounidense.....	110
Bibliografía.....	120

Introducción

Narcotráfico: según el Diccionario de la Real Academia Española, *"Comercio de drogas tóxicas en grandes cantidades"*. Según la enciclopedia electrónica Wikipedia: *"Delito contra la salud pública, consistente en la realización, normalmente con fines lucrativos, de actos que sirvan para promover, favorecer o facilitar el consumo ilegal de drogas naturales o sintéticas, ya sean estupefacientes, psicotrópicos o de cualquier otro tipo. Se trata de acciones que, aunque recogidas y definidas de forma muy diversa, están contempladas en las diferentes legislaciones como hechos ilícitos y son objeto de represión tanto en el ámbito interno como internacional. Todas ellas son englobadas habitualmente bajo la denominación de narcotráfico"*.

El tema que vamos a abordar es particularmente complejo. Lo es, como mínimo, en dos sentidos. Por un lado, por la cantidad de aristas que se entrecruzan en su determinación, en su dinámica, en su proyección en el tiempo. Se articulan ahí cuestiones de orden subjetivo tanto como objetivo; hay aspectos psicológicos, sociales, criminales, legales y políticos en juego. En otros términos: estamos ante una verdadera maraña de causas y efectos. Ello, por sí mismo, ya constituye un gran problema para la investigación, pues el fenómeno en su conjunto no admite una lectura única, monocausal, sino que debe ser abordado siempre en esta multitud de facetas. Si se trata de un delito, ello ya nos plantea un enorme reto conceptual.

Justamente por esa amplia diversidad de factores intervinientes es muy complejo el abordaje metodológico. Ahí está, por tanto, el segundo gran problema: ¿qué priorizar?, ¿insistir en lo sociológico sobre lo subjetivo-individual?, ¿tomarlo como un hecho del ámbito policial, o incluso militar? Si el narcotráfico es una estrategia implementada por grandes centros de poder, tal como queremos manifestar: ¿cómo hacerlo evidente? ¿Qué bibliografía de apoyo utilizar? ¿Cómo demostrar eso? Los aspectos políticos presentes en todo esto son algo que, en todo caso, se pueden ir deduciendo, pero que difícilmente figurarán en documentos de acceso público. ¿De qué manera, entonces, demostrar la lógica interna de todo este entramado? ¿Cómo hacer evidente lo que se quiere señalar siendo que estamos ante iniciativas políticas casi secretas? ¿Cómo pasar del hecho delictivo cotidiano a la estrategia global de poderosos centros de decisión mundial? ¿Dónde buscar esa información?

La metodología a seguir para lograr bucear en el tema que queríamos investigar fue el verdadero gran escollo del ensayo que ahora presentamos. Dadas las características más bien periodísticas del trabajo, optamos por darle particular importancia a la entrevista. En otros términos, al circuito de la pregunta y la respuesta, al diálogo. O si se quiere: a plantearse problemas en forma de inquisición –periodística para el caso– que distintos entrevistados fueron contestando.

En algunos casos –concretamente: en muchas decenas de casos– hablamos con actores directamente involucrados en el asunto: vendedores callejeros de drogas, sicarios, usuarios de narcóticos, drogodependientes en procesos de recuperación, familiares de consumidores, campesinos plantadores de hoja de coca, desplazados colombianos producto de la violencia en sus montañas de origen

transformadas en campo de cultivo de coca, policías, funcionarios de los gobiernos colombiano y boliviano involucrados en el combate al narcotráfico. No pudo ser posible –huelga decir que por razones más que obvias– entrevistar a algún funcionario del gobierno estadounidense comprometido con la política diseñada por Washington en esta campo. Pero intentamos armar las estrategias que estos poderes alientan a partir de declaraciones periodísticas de algunos de sus funcionarios cuando abordan este tema, declaraciones siempre fragmentarias y que, naturalmente, ocultan los verdaderos proyectos en juego.

Producto de todas estas entrevistas –de las que, en ningún caso, se dan nombres propios–, más una paciente búsqueda bibliográfica de apoyo, surge el trabajo que aquí presentamos. Si bien la investigación pretende echar luz sobre la estrategia global que hay tras el manejo del narcotráfico, la principal fuente de referencia está acotada a Colombia (buena parte de la investigación se hizo desde la vecina Venezuela). Sin embargo, los mecanismos allí encontrados son los mismos que se utilizan con el fenómeno en términos planetarios, los mismos que se repiten en cualquier punto del orbe donde se presenta un circuito similar. Mecanismos, en definitiva, que no son más que lo que popularizara el encargado de la propaganda nazi hace ya largas décadas, el tristemente célebre Joseph Goebbels: *"mente, mente, mente, que algo queda"*.

Para hacer más vívido todo lo que se presentará en términos de indagación y reflexión teórica, en la última parte del libro se acompaña el trabajo con algunas entrevistas de lo que se ha dado en llamar documentación. Es decir: son construcciones ficcionales de realidades que verdaderamente existen, pero que por cuestiones diversas (la posibilidad de recabar las declaraciones de boca de los implicados

directos, la seguridad de los posibles informantes) presentamos como relato casi literario. Ello no invalida, por cierto, la veracidad de lo que está en juego.

"El narcotráfico: un arma del imperio" pretende ser, por tanto, un aporte a la en un campo donde hay demasiada mentira.

El narcotráfico: un problema social

Las drogas son algo tan viejo como la civilización humana. La vida de los seres humanos no es precisamente un paraíso. Más aún, como se ha dicho acertadamente: "el único paraíso es el perdido". Es por eso que siempre, en todo momento histórico, ha existido la evasión de la realidad como un modo de eludir la crudeza de la vida. Y para ello el consumo de determinadas sustancias (alcohol etílico, alucinógenos, tranquilizantes) ha jugado un papel de gran importancia, tanto a nivel de uso individual como práctica de índole colectiva, ligada en mayor o menor medida a la espiritualidad en sentido amplio.

Hoy, sin embargo, el consumo de estas sustancias –es decir, las que caen bajo la denominación de "drogas ilegales"– ha ido tomando características tan peculiares que lo transforman en un verdadero problema a escala planetaria. Problema con numerosas aristas: de salud pública, cultural, político, social; en definitiva, un asunto que hace a la calidad de vida de toda la población mundial en un sentido amplio. Y tan grande es la magnitud del problema que ello ha desembocado en un asunto de estrategia militar. En otros términos: tiene que ver con el manejo global de todos los habitantes del mundo desde la óptica de los grandes poderes actuantes.

El consumo de sustancias prohibidas se viene incrementando durante todo el siglo XX, pero las últimas tres décadas lo presentan ya con una magnitud alarmante. La cantidad de muertos que produce ese consumo, las discapacidades que trae aparejadas, los circuitos de

criminalidad conexos, la pérdida de recursos y el fomento de una cultura no sostenible en términos ni económicos ni sociales, hacen del consumo de drogas un cortocircuito con el que todos, Estado y sociedad civil, desde distintos niveles y con grados de responsabilidad diversos, están implicados.

Que todo esto constituye un problema, se sabe. Ahora bien: si disponemos de todo este conocimiento sobre los diversos factores implicados, tanto de la demanda como de la oferta, ¿por qué no vemos una tendencia a la baja en la problemática? La situación lleva a pensar que hay grandes poderes que no desean que esto termine.

Se puede decir que, pese a que el tema está siempre en la agenda mediática en todas partes y en todo momento, se sabe relativamente muy poco sobre el asunto. Hay una versión oficial, manejada incansablemente por los medios de comunicación social –verdaderos hacedores de la opinión pública– y hay una realidad no dicha.

La imagen oficial presenta el asunto como “flagelo” social manejado por unas cuantas mafias tenebrosas con capacidad de acción internacional. De alguna manera se tiene una versión policial del asunto, mientras que el énfasis de la solución no está puesto en la prevención del consumo y en los aspectos sanitarios de la recuperación de los drogodependientes.

Es importante decir que el campo de las drogas muestra un complejísimo entrecruzamiento de discursos y prácticas sociales de las más variadas; por tanto admite diversos abordajes. Es, sin dudas –en eso todos coincidimos– una herida abierta. La cuestión estriba en cómo

y por dónde actuar: ¿prevención, represión? ¿Se debe poner el acento en la oferta o en la demanda?

Si se observa la magnitud descomunal del negocio de las drogas ilícitas, se comienza a tener una dimensión distinta del problema. Todo el circuito de los estupefacientes mueve unos 800 mil millones de dólares anuales –uno de los negocios más redituables de las actividades humanas, casi tanto como el de las armas, más que el del petróleo–. Obviamente eso es más, mucho más que un problema sanitario. Sabemos que esa monumental cifra de dinero se traduce en poder; y por tanto en influencia política, lo que implica niveles de corrupción y se asocia inexorablemente con violencia. Las secuelas físicas y psicológicas del consumo de tóxicos empalidecen así ante las consecuencias de esta faceta mercantil del fenómeno con implicancias sociopolíticas tan profundas.

¿Qué pasaría si se despenalizara el consumo de estas sustancias? El hecho de vetar el acceso legal a las sustancias psicoactivas en vez de promover su rechazo alienta un mayor consumo (irrefutable verdad de la psicología humana: lo prohibido atrae, fascina).

Hoy día mucho se hace en torno al combate del consumo de drogas ilícitas; pero curiosamente el consumo propiamente dicho no baja. ¿No puede esto llevar a pensar, quizá con cierta malicia pero tratando de entender en definitiva el por qué de esta tendencia, que hay “cosas raras” en todo esto? A los factores de poder, ¿realmente les interesa la desaparición de este flagelo? ¿Por qué no se despenaliza entonces el consumo? Esto, sin dudas, traería aparejado el fin de innumerables penurias que se dan en torno a este ámbito: bajaría la criminalidad, la violencia que acompaña a cualquier actividad prohibida;

incluso hasta podría bajar el volumen mismo de consumo, al dejar de presentar el atractivo de lo vedado, de la fruta inalcanzable. Pero contrariando las tendencias más racionales, estamos lejos de ver una despenalización. Por el contrario, cada vez más crece el perfil de lo punitivo: el combate al narcotráfico pasó a ser prioridad de las agendas políticas de los Estados. Eso se anota hoy como uno de los grandes problemas de la humanidad; y ahí están a la orden ejércitos completos para intervenir en su contra.

No podemos menos que abrir algunas dudas ante esto. ¿No será que la anterior Guerra Fría se ha trocado ahora en persecución a estos nuevos demonios? Definitivamente el interés de los poderes hegemónicos, liderados por Washington, ha encontrado en este nuevo campo de batalla un terreno fértil para prolongar/readecuar su estrategia de control universal. Como lo ha encontrado también con el llamado "terrorismo", nueva "plaga bíblica" que ha posibilitado la nueva estrategia imperial de dominación militar unipolar con su iniciativa de guerras preventivas.

El mundo de las drogas ilegales es un fenómeno tan particular que tiene una lógica propia inhallable en otros ámbitos: por un lado se mantiene y perpetúa como negocio del que se benefician muchos; por otro se sostiene de fabulosas fuerzas políticas que no pueden ni quieren prescindir de él en tanto coartada y espacio que facilita el ejercicio del poder. Al mismo tiempo existen dinámicas psicosociales (consumismo, modas, valores de la sociedad competitiva y materialista, la angustia de sociedades basadas en el primado de lo individual sobre lo colectivo) que llevan a enormes cantidades de individuos, jóvenes fundamentalmente, a la búsqueda de identidades y reafirmaciones

personales a través del acceso a los tóxicos prohibidos, lo cual se enlaza y articula con los factores anteriores.

Este negocio es, en otros términos, un síntoma de los tiempos actuales: el capitalismo hiperconsumista centrado en la adoración de la máquina y en el fetiche de la mercancía, que ha dejado de lado lo humano en tanto tal, no puede dar otro resultado que un negocio sucio pero tolerado –¿alentado?– que, bajo cierto control, sigue haciendo mover el aparato de la sociedad. El costo: algunos sujetos quedan en el camino, pero eso no desestabiliza tanto el orden instituido; y ahí están las comunidades de rehabilitación para dar algunas respuestas.

Pero lo peor del caso es que son esos mismos factores de poder que mueven la maquinaria social del capitalismo global los que han puesto en marcha el mecanismo: crearon la oferta, generaron la demanda, y sobre la base de ese circuito tejieron el mito de unas maléficas mafias superpoderosas enfrentadas con la humanidad, causa de las angustias y zozobras de los honestos ciudadanos, motivo por el que está justificada una intervención policiaco-militar a escala planetaria.

El problema es más complejo, por supuesto. Dado el carácter de investigación periodística con el que desarrollamos el presente estudio, nos permitiremos conducirnos entonces con preguntas. Preguntas teórico-conceptuales, para tratar de entender el campo en que estamos parados. Preguntas concretas a diversos agentes relacionados con todo este asunto.

Algunas preguntas

¿Quién se favorece con el tráfico de drogas ilegales?

Evidentemente, la población no. A la población de a pie, a los ciudadanos comunes y corrientes –la gran mayoría de los habitantes del mundo– el tema o bien le es indiferente, o les perjudica en forma indirecta (mayoritariamente) o directa (un pequeño porcentaje). Se calcula que hasta un 10% de la población mundial en algún momento de su vida ha consumido sustancias psicoactivas prohibidas; de esa cantidad, una buena parte queda fijada en ese consumo en forma crónica, pasando a ser drogodependiente. Ingresar en ese mundo es relativamente fácil; salir, es una odisea (no más de un 10% de toxicómanos logra recuperarse, y siempre en un equilibrio inestable que puede romperse aún después de muchos años de abstinencia). Por otro lado, en forma indirecta, los familiares de los drogodependientes llevan una carga agobiante, pues esta psicopatología envenena de modo fatal la normal convivencia, haciendo que los afectados por el circuito de la droga vayan mucho más allá del consumidor directo. ¿Cómo se convive con un drogadicto? No es fácil, grato ni edificante. La cantidad de muertos que produce este consumo, las discapacidades que trae aparejadas, la conexión directa que guarda con el VIH/SIDA, los circuitos de criminalidad conexos –los consumidores inexorablemente terminan delinquiendo para comprar su tóxico–, la pérdida de recursos y el fomento de una cultura no sostenible en términos ni económicos ni sociales, hacen de este ámbito un verdadero infierno. Obviamente, entonces, para las grandes mayorías no hay beneficios con las drogas.

Pero lo curioso es que, si bien es cierto que el consumo de drogas ilegales produce todo este malestar, hay quien se beneficia. El negocio a que da lugar, ya dijimos, es fabuloso: ronda los 800.000 millones de dólares anuales. De hecho, es el segundo gran negocio de la humanidad, por detrás de las armas y por arriba del petróleo. Curioso: las dos actividades más dinámicas de la sociedad están dedicadas a la muerte. Un freudiano ortodoxo podría satisfacerse constatando lo acertado de la formulación de Freud: alguna fuerza autodestructiva (Thanatos, pulsión de muerte dirá el maestro vienés ya en sus reflexiones de senectud) nos determina, y la búsqueda perpetua de la aniquilación –individual y colectiva– sería su elocuente presencia. Guerra, violencia, autodestrucción: ¿es realmente ese nuestro destino, nuestra esencia?

¿Son sólo mafias de narcotraficantes las beneficiadas?

Con cierta ingenuidad se podría estar tentado a decir que sí. Y en sentido eminentemente económico, así pareciera en principio. Pero esa masa enorme de dinero que mueve el negocio –que, por cierto, se traduce en poder, mucho poder político, poder social– también llega a otras esferas de acción: ese dinero es “lavado” e ingresa a circuitos socialmente aceptados (según se denunció, puede llegar incluso hasta a obras de beneficencia). No es ninguna novedad que existe toda una economía “limpia” producto de las operaciones de blanqueo de los capitales del narcotráfico. Y son bancos “limpios” y honorables los que proceden a hacer esas operaciones, los mismos que manejan el capital financiero transnacional que hoy controla la economía mundial y a los que el Sur pobre y dependiente adeuda cifras astronómicas en calidad de deuda externa.

Por otro lado, esas enormes sumas de dinero que mueve el negocio de las drogas ilegales se intrometen por todos los circuitos sociales, y no son raras las ocasiones en que terminan financiando a políticos profesionales, con lo que la incidencia del narcotráfico en los circuitos de los poderes formales de Estado no deja de hacerse sentir en todos los países del mundo.

Según datos de la Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (UNODC, del inglés United Nations Office on Drugs and Crime) el mayor porcentaje de los beneficios obtenidos con el tráfico de estupefacientes en todo el mundo se queda en los países del Norte y no en los productores básicos de esas sustancias. Si bien es muy difícil establecer con precisión, se calcula que a los agricultores que cultivan la materia prima en los países del Sur sólo llega un 1% de los beneficios totales del negocio.

Pero la cuestión va más allá aún. No es tanto el beneficio económico en juego, sino el horizonte sociopolítico en el que se da todo el mundo del consumo de drogas prohibidas. ¿Quién más se beneficia de ello? El problema del consumo de drogas ilegales es un verdadero problema de salud pública, tanto como el VIH/SIDA, o más aún (200 muertos diarios a nivel global por sobredosis, sin contar con todos los estragos monumentales que deja su uso y abuso). De todos modos, con todas las tecnologías en salud que nos posibilita el mundo actual, el consumo de estupefacientes no baja. Por el contrario, día a día se acrecienta. Y no puede decirse que no se hagan esfuerzos en su contra.

¿Están mal planteadas las estrategias contra las drogas prohibidas, o hay intereses en que su consumo no termine?

Aunque se reconoce que la toxicomanía es un poderoso factor de inestabilidad mundial, en todo sentido, la magnitud del problema en vez de ir aminorando, por el contrario, crece. El uso y abuso de narcóticos es una de las pocas cosas que está expandida como problema (epidemiológico, por tanto: psicológico, social, político, legal) por todos los estratos sociales, golpeando con similar fuerza a niños de la calle y a multimillonarios, en países pobres y en países ricos, a varones y a mujeres. Todo esto se sabe, se conoce en profundidad, hay claras razones de su por qué; entonces, casi espontáneamente, surge la pregunta: si disponemos de tanto conocimiento sobre estos factores, tanto de la demanda como de la oferta, ¿por qué no vemos una tendencia a la baja en la problemática? Si se pudo aminorar o terminar con otros problemas sanitarios igualmente letales (tuberculosis, hepatitis, mortalidad materno-infantil), ¿por qué no disminuyen las tasas de drogodependencia? ¿Prevención o represión? Pero, ¿a quién reprimir: al consumidor, al productor, al distribuidor? ¿Debe ponerse el acento en la oferta o en la demanda? ¿Será que están mal enfocadas las metodologías para abordar el problema, o hay grandes poderes que no desean que esto termine? Si así fuera, ¿cuáles son esos poderes y de qué manera se benefician?

A Estados Unidos, principal país consumidor del mundo, con los monumentales controles que hoy día presenta, ingresa diariamente una tonelada de drogas proveniente del Sur. ¿Cómo es ello posible?

Si se analizan las perspectivas en que se da todo el negocio de las drogas ilícitas, son más los interrogantes que se abren que los que quedan resueltos. Si es cierto que es un problema de salud pública, ¿por qué no se lo aborda como tal? Por lo que se ve, la estrategia

fundamental para su combate está puesta –esto es una tendencia creciente– en la militarización del problema. Sofisticados ejércitos completos se preparan cada vez más para intervenir en su contra; esto, por supuesto, abre dudas. ¿Por qué no son ejércitos de profesionales de la salud los que se movilizan? ¿Por qué no se pone todo el esfuerzo en la atención primaria? ¿O por qué los medios masivos de comunicación no son parte de las soluciones globales? Como hipótesis podemos plantearnos la pregunta: ¿no será que la anterior Guerra Fría se ha trocado ahora en persecución a estos nuevos demonios del narcotráfico internacional? Definitivamente, el interés de los poderes hegemónicos, liderados por Washington, ha encontrado en este nuevo campo de batalla un campo fértil para prolongar/readecuar su estrategia de control universal. Como lo está encontrando también ahora en el llamado “terrorismo”. ¿Por qué un problema sanitario pasa a ser un problema militar, de seguridad nacional? En nombre de la persecución del narcotráfico se pueden invadir países, montar bases militares o aumentar sideralmente los presupuestos de defensa. Y lo peor es que pese a todo eso, el consumo no baja.

¿Por qué no se despenaliza el consumo de estas sustancias?

Irrefutable verdad de la psicología humana: lo prohibido atrae, fascina. Si los tóxicos actúan como atractivo por su estatus de “fruta prohibida”, de cosa vedada, sería más lógico probar su despenalización como tal. Cuando hubo ley seca, en cualquier parte del mundo, aumentó exponencialmente la búsqueda de alcohol, no importando a qué precio. Si estas verdades elementales de nuestra condición se saben: ¿por qué no se despenaliza entonces el consumo de las drogas hoy prohibidas? Esto, sin dudas, traería aparejado el fin de innumerables penurias que se dan en torno a este ámbito: bajaría la criminalidad así como todos los

circuitos de violencia que acompañan a cualquier actividad ilegal; incluso, hasta podría bajar el volumen mismo de consumo, al dejar de presentar el atractivo de lo vedado, de la cosa inalcanzable que embelesa en tanto prohibida. Pero contrariando las tendencias más racionales, estamos lejos de ver una despenalización. Por el contrario, cada vez más crece el perfil de lo punitivo: el combate al narcotráfico pasó a ser prioridad de las agendas políticas de los Estados, pero no de los Ministerios de Salud precisamente. A los factores de poder, ¿realmente les interesa la desaparición de este flagelo? Todo indicaría que, más allá de ampulosas declaraciones y escenificaciones para los medios de comunicación, no.

¿Por qué la droga aparece masivamente en algunos lugares en un momento dado? ¿Hay poderes que así lo deciden?

En los países socialistas durante el siglo XX había muy poca, casi nula, relación con los estupefacientes. Pero, para decirlo con un ejemplo, desde el desmoronamiento de la Unión Soviética en la década de 1990, la producción y tráfico de amapola y heroína han aumentado vertiginosamente en el Asia Central. Enormes extensiones de tierra anteriormente dedicadas a cultivos legales hoy se ven invadidas por nuevos sembradíos de amapola, como es el caso de Kirguistán, con uno de los porcentajes de tierra puesta al servicio de la producción de drogas ilegales más alto del mundo. Por otro lado los estados centro-asiáticos, anteriormente repúblicas socialistas, han pasado a ser importantes vías de tránsito; las mafias de narcotraficantes de Afganistán y el Asia Central dominan el comercio de opiáceos en Europa con cuantiosos envíos de heroína afgana que pasa por territorios anteriormente soviéticos. Los esfuerzos por controlar ese tráfico se ven obstaculizados por la escasez de recursos y equipos, así como por la

falta de entrenamiento y coordinación de las fuerzas antinarcóticos regionales. ¿Qué pasó que cambió tan radicalmente la situación allí? ¿Hay poderes interesados en que suceda eso?

Valga como caso arquetípico lo sucedido en Nicaragua. Durante los años de revolución sandinista, pese a las incontables penurias que debió soportar su pueblo, prácticamente no había drogas ilícitas en circulación. Cayó el gobierno sandinista e inmediatamente, como por arte de magia, aparecieron. ¿Casualidad? ¿Por qué aparece la droga en los colectivos más pobres, más marginados? ¿Por qué los sectores más problemáticos de las sociedades –“problemáticos” desde la óptica de los poderes conservadores, por ejemplo: sectores juveniles en general, o población negra dentro de Estados Unidos– están siempre ligados o al consumo o al tráfico de sustancias ilícitas? Es evidente que a los sectores “potencialmente molestos” se los maneja tanto con represión como con sedativos. Estos últimos, además, tienen ventajas comparativas sobre la “mano dura”: no son violatorios de ningún derecho humano, y por el contrario, el combate contra el narcotráfico es moralmente presentable.

Hay drogas para ricos y drogas para pobres, y el hecho de que cada vez crezca más su presencia en las sociedades modernas habla de fuerzas que están operando. ¿O las poblaciones están cada vez más enfermas? Si fue posible barrer las guerrillas marxistas en Latinoamérica, ¿no es posible –pensándolo en términos militares– erradicar las mafias del narcotráfico? ¿Cómo es posible que continuamente se denuncie la participación de estructuras del gobierno de Estados Unidos en “negocios sucios” con el narcotráfico? (caso Irán–contras, establecimientos para procesar opio en Afganistán y Pakistán, etc.) Todo indicaría que no es tanto el negocio económico en juego, sino los factores de control social que todo esto conlleva.

El mundo de las drogas es un fenómeno tan especial que tiene una lógica propia: por un lado se automantiene y se autoperpetúa como negocio; por otro es sostenido por fabulosas fuerzas económico-políticas que no pueden ni quieren prescindir de él, en tanto coartada y ámbito que facilita el ejercicio del poder. Al mismo tiempo existen dinámicas psicosociales (cultura del consumismo banal, modas, valores de la sociedad competitiva y materialista, angustia individual que se expresa a través de la compulsión al consumo y las adicciones) que llevan a enormes cantidades de personas, jóvenes fundamentalmente, a la búsqueda de identidades y reafirmaciones personales a través del acceso a los tóxicos prohibidos, lo cual se enlaza y articula con los factores anteriores. Es, en otros términos, síntoma de los tiempos: el capitalismo hiper consumista centrado en la máquina y en el fetiche de la mercancía, que ha dejado de lado lo humano en tanto tal, no puede dar otro resultado que un negocio sucio pero tolerado (¿alentado?) que, bajo cierto control, sigue haciendo mover el aparato de la sociedad. El costo: algunos sujetos quedan en el camino, pero eso no desestabiliza tanto el orden instituido; y ahí están las comunidades de rehabilitación para dar algunas respuestas. El poder siempre necesita algunos fantasmas con que asustar (narcotráfico, terrorismo); de su correcta manipulación depende su continuidad.

Ante esta perspectiva las posibilidades reales de cambiar la situación no se ven fáciles: como sociedad civil que padece todo esto, y al mismo tiempo, dada nuestra existencial angustia que nos puede llevar a consumir drogas, no podemos plantearnos como objetivo sino el luchar por la despenalización de ese consumo (quizá siempre, inexorablemente, los humanos apelaremos a paliativos para paliar la ansiedad; pero otra cosa es el consumo masivo como nueva mercadería que se ha impuesto con el capitalismo, al igual que tantos productos

prescindibles pero establecidos gracias a las técnicas de mercadeo). Si se legaliza, a muchos se les terminará el negocio (no sólo a las bandas de narcotraficantes, por cierto: bancos lavadores, fabricantes de armas, partidos políticos que reciben recursos de dudosa procedencia, incluso, honestos civiles que son empleados legales de toda esta economía), pero no hay otra alternativa para solucionar un problema que hoy ya es flagelo, y sigue creciendo. Definitivamente quemar sembradíos en el Sur no está solucionando nada. Eso sólo sirve para una estrategia de militarización del globo terráqueo que no es precisamente lo que más necesitan los habitantes de la aldea global.

El narcotráfico como estrategia política

1) ¡Mucho dinero!

El negocio del narcotráfico tiene tal dimensión, mueve tal cantidad de miles de millones de dólares, involucra a tal cantidad de Estados, está infiltrado de tal manera en las altas esferas de poder de naciones ricas y pobres, abarca un mercado mundial de tal magnitud y finalmente, envenena a tal cantidad de seres humanos, que desafía el corazón mismo del sistema de una manera contundente, poniendo en tela de juicio los valores de la sociedad capitalista reflejando los elementos más hondos de una crisis estructural sin salida dentro de los actuales modelos.

Las drogas ilegales, como cualquier producto puesto a la venta, están concebidas para ser comercializadas. Son mercancías, así de simple, una mercancía más como tantas. Tanto la amapola como la coca son plantas con propiedades psicoactivas conocidas desde la antigüedad. Pero la producción de sustancias artificiales derivadas de ellas, como la heroína o la cocaína respectivamente, con características de "drogas", son actividades mucho más recientes en la historia, ligadas al mundo de la industria moderna y a sociedades de alto consumo. Cuando ello comienza a suceder (no más de un siglo) entramos al campo de las drogas modernas y a todos los circuitos conexos: las drogas se producen como una mercadería más, se comercializan, se promueven. Hay, por tanto, toda una cultura en torno a ellas que se va

generando deliberadamente, hay grandes fortunas que comienzan a amasarse, se genera poder político.

Con el surgimiento de los carteles colombianos de la droga hacia 1970 la hoja de coca se disparó exponencialmente como una materia prima para una producción industrial masiva, particularmente en Perú y Bolivia donde la calidad del producto era mejor que la de Colombia. Para satisfacer la demanda exterior –demanda artificialmente creada, como sucede con innumerables productos dentro de la economía capitalista– los carteles expandieron las áreas de cultivo hacia donde la coca no era un cultivo tradicional. En Colombia muchos campesinos pobres expulsados de sus tierras o sin tierra o sin trabajo migraron hacia los territorios bajos al oriente de los Andes donde se dedicaron a cultivar este producto. Hoy, significativamente, Colombia es el principal productor de cocaína del mundo, siendo que su materia prima, la hoja de coca, no es un cultivo tradicional del lugar.

La decisión del gobierno estadounidense de controlar estos productos tomada a principios del siglo XX, presionado por sectores puritanos y con fuerte poder económico, precipitó la andanada de leyes, reglamentos, persecuciones y prohibiciones iniciados por casi todos los países del mundo y que persisten hoy día, como una muestra más de la hegemonía global de Washington. Lo curioso es que simultáneamente se protege y fomenta el consumo de otras drogas –tabaco, alcohol etílico, diversos tipos de psicofármacos (las benzodiazepinas o tranquilizantes menores son los segundos medicamentos más vendidos en el mundo–), las que dejan grandes beneficios empresariales a multinacionales tabaqueras, alcoholeras y farmacéuticas, a la vez que buenos impuestos a los gobiernos. Debe señalarse también que Estados Unidos es el primer productor mundial de marihuana. ¿Cómo es posible que ahí sea

legal su cultivo –habiendo multiplicado por cinco las cosechas anuales con los métodos hidropónicos en los últimos años– y reprimido militarmente fuera de sus fronteras? ¿Qué agenda oculta hay allí?

“La crisis familiar lleva a las drogas”, suele decirse para explicar la complejidad del fenómeno en juego, y con ello se lava la responsabilidad social que hay en la dinámica entablada dejando intocados a gobiernos y al gran capital. Pero queda la pregunta: ¿quién es el responsable de esa “crisis familiar” entonces? Muy lejos de un problema de orden “doméstico”, las drogas y el narcotráfico constituyen uno de los pilares que sostiene al capitalismo en su fase actual. La pujanza de este mercado es tal que *“los habitantes de la Tierra gastan más dinero en drogas ilegales que alimentación, vestimenta, educación, salud o en cualquier otro servicio, dato que sirve para poner de relieve cómo la industria del narcotráfico es actualmente una de las de mayor crecimiento en el mundo”* (Suplemento del diario “La Nación”, Argentina, dedicado a la cuestión de las drogas, 18/11/98).

Cifras aportadas por el Fondo Monetario Internacional afirman que el lavado de dinero proveniente de la droga alcanza en la actualidad los 800.000 millones de dólares anuales, lo que es equivalente al 2% del producto bruto mundial, o al 13% del comercio internacional, *“o siete veces más que los aportes realizados por los países que destinan recursos para el desarrollo y la asistencia de las naciones llamadas emergentes”* (ídem).

La hipocresía en juego en todo este negocio presenta al narcotráfico como un flagelo para elevar el precio de la mercancía, que por la acción de la represión volcada esencialmente sobre los consumidores hace que la misma se encarezca. Lo sugestivo es que,

más allá de tantas pomposas declaraciones de lucha frontal contra el problema, el consumo real no baja sino que, en todo el mundo, se acrecienta día a día.

La importancia de esta actividad comercial ha especializado a sus ejecutivos que, según declaraciones del mismo Departamento de Estado de Estados Unidos, poco difieren *"de los gerentes financieros corporativos. Son especialistas en finanzas, abogados, contadores y empresarios"*. No sólo difieren poco; antes bien, se entrelazan constantemente. Las utilidades, mayoritariamente, alimentan la economía mundial, porque –según apreciaciones de esa dependencia gubernamental estadounidense– *"cerca de un tercio del dinero ilícito se coloca en el sistema financiero, otro tercio en negocios diversos y sólo el restante en nuevas actividades ilegales"*. Ese es el motivo por el cual los especialistas consideran que, aunque muchas veces se ha afirmado que el lavado de dinero amenaza al sistema financiero mundial, la realidad es que le resulta de gran utilidad.

El discurso dominante –que impone sus criterios de manera cada vez más global apelando a los medios de comunicación de impacto mundial– dice horrorizarse ante el fenómeno del narcotráfico presentando el problema como la personificación misma de la maldad. El argentino Julio Saguier, no sin razón, dice que *"el narcotráfico no respeta ninguna ley. Sólo acata la ley de la oferta y la demanda"*. ¿Pero no es ésta la ley suprema del régimen social que la misma derecha defiende? Ratificando que ese mecanismo económico es el que rige toda la actividad mercantil de las drogas ilícitas, para mejor transferir los fondos el capitalismo mundial ha engendrado, de un lado a otro del mundo y sin complicaciones, paraísos fiscales, que conceden grandes ventajas impositivas e imponen un estricto secreto bancario y

financiero. En completa consonancia con ese mecanismo de la demanda, en este caso del narcotráfico, menos de una cuarta parte de los centros financieros del mundo han adoptado legislaciones de prevención. La globalización, la desregulación bancaria y los acuerdos de libre comercio ofrecen herramientas hechas a la medida de las narcomafias, algunas de las cuales poseen la organización y el alcance de las grandes empresas multinacionales “legales”.

Los consumidores de drogas ilícitas son muchos menos que los fumadores o los bebedores de alcohol etílico. En la actualidad en todo el mundo cerca de 2.600 millones de personas consumen alcohol etílico –la sustancia psicoactiva más popular– ya sea en forma ocasional, habitual, abusiva o adictiva. Y el tabaco, si bien empieza a ser seriamente cuestionado por sus efectos perniciosos, continúa siendo socialmente aceptado. Con las drogas ilícitas no sucede lo mismo; pesa sobre ellas el estigma de la satanización. Sin embargo, su número está creciendo, alcanzando en la actualidad entre el 3 y 4% de la población mundial. Según datos confiables, en los países del Norte con alto poder adquisitivo prácticamente toda la población juvenil en algún momento de su vida tiene un contacto con alguna droga ilegal, lo cual no la torna consumidora. Es decir que hay ahí un mercado enorme. La marihuana es la sustancia psicotrópica más requerida, al tiempo que los estimulantes sintéticos están ganando más popularidad, en particular entre la juventud urbana. La Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito calcula que en todo el planeta hay más de 200 millones de consumidores frecuentes de marihuana, cocaína, heroína y drogas sintéticas como el éxtasis. De esa cantidad total de consumidores, de entre 15 y 64 años de edad, 110 millones consumen drogas una vez al mes y unos 22 millones de forma diaria; el resto probó alguna droga al menos una vez al año. La mayoría de los consumidores se encuentra en

el Norte, en las sociedades más prósperas de Estados Unidos y de Europa occidental, aunque también se registra un incremento en los países de Asia y América Latina, en los países productores y de paso de la droga. No hay ninguna duda que se trata de una catástrofe sanitaria silenciosa. Las adicciones son trastornos psicológicos, de ello no caben dudas. De hecho en la "Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas relacionados con la Salud" de la Organización Mundial de la Salud (OMS), en su décima revisión del 2003 aparece la "drogodependencia" como un afección con entidad propia. Pero pese a saberse perfectamente acerca de su etiopatogenia y a la declamada persecución de la producción de las sustancias psicoactivas, el número de "enfermos" no baja. ¿Será pura coincidencia? No lo creemos.

Dado que todas estas drogas ilegales se manejan como mercancías puestas en un mercado, las leyes que regulan su dinámica no difieren de la de cualquier otro producto en la esfera capitalista. Si hay escasez, sea de hoja de coca o de amapola, el precio de la droga sube. Si hay exceso de oferta, el precio baja.

2) Una transnacional muy poderosa

Como cualquier corporación multinacional, los carteles internacionales de la droga tienen departamentos de mercadeo o unidades estratégicas que se ocupan de la planificación. Una de las "pruebas de mercadeo" más escalofrantes se llevó a cabo en Puerto Rico para la década del 90 del pasado siglo. Los carteles colombianos, que buscaban penetrar el lucrativo mercado estadounidense de la heroína, desarrollaron en suelo propio un producto de alta calidad. La

idea era competir con las redes de tailandeses y birmanos que controlaban la venta de heroína en el mercado estadounidense, el mayor del mundo. Para tal fin llevaron a cabo en Puerto Rico un programa piloto. Embarcaron grandes cantidades de la droga y comenzaron a vender el producto en la isla. Los encargados de la comercialización en la calle recibieron muestras gratis de heroína para regalar cada vez que concertaran una venta de cocaína. "Muestras gratis para consumidores potenciales" es, sin dudas, lo último en estrategias de mercadeo. Muy pronto muchas personas que sólo consumían cocaína comenzaron a comprar y consumir heroína. El plan tuvo éxito y se extendió por todo Estados Unidos. Como consecuencia, Puerto Rico enfrenta hoy en día el grave problema que representa una enorme cantidad de adictos a la heroína. Por su parte, los narcos colombianos se han hecho de una considerable porción del mercado de la heroína en territorio estadounidense.

El proceso impulsado por el aumento generalizado del consumo y la revalorización del producto desde su origen (la hoja de coca en las montañas de Latinoamérica o la bellota de la amapola en Afganistán o en Myanmar) hasta su recepción por el consumidor final (fundamentalmente ciudadanos de los países ricos del Norte) en ocasiones hace que su valor se multiplique hasta por 100.000. Aunque también hay drogas baratas, drogas para pobres. Esos casos –el bazuco y el crack por ejemplo– deben su bajo precio a sus peligrosos niveles de impureza, lo cual ocasiona daños irreparables al organismo humano en mucho mayor medida que sus parientes cercanos, en este caso: la cocaína. Y hasta existe un sector de drogas ilegales en un sentido amplio que utilizan los sectores más excluidos, los grupos más marginados de todos: los niños y niñas de la calle, de los que en Latinoamérica se cuentan por miles. Nos referimos a los inhalantes,

sustancias volátiles que contienen diversos agentes químicos tales como solventes industriales o distintas pegamentos con propiedades psicoactivas. También para eso existen redes que trafican los productos. ¿Por qué se repite siempre la existencia de estas redes mafiosas de distribución?

El fenómeno del consumo generalizado de las sustancias prohibidas y su correspondiente tráfico comenzó a ser contemplado con preocupación tras la Segunda Guerra Mundial. Ello motivó que en la entonces recién nacida Organización de las Naciones Unidas se iniciara el estudio de las medidas de índole legislativa, política y policial que podían ser adoptadas. Pero las tendencias al hiper consumo definitivamente se fijan para los 70 , terminándose de agudizar tras la caída del bloque soviético y el final de la Guerra Fría, preludio de una libertad económica que influyó decisivamente en la mundialización de la producción, distribución y consumo de drogas ilegales. En este momento, ya entrado el siglo XXI, la droga está presente en todos los continentes y áreas geográficas del planeta.

El consumo crece, y no sólo en los países con alto poder adquisitivo; ahí, sin dudas, está el grueso de la demanda. Pero las técnicas de mercadeo utilizadas para comercializar estos productos buscan "nichos de mercado" por donde sea. También los países del Sur, incluso los productores y los territorios de paso, pueden ser buenos clientes. Un estudio de la Universidad de los Andes de Santafé de Bogotá realizado en el año 1987 demostró que si más del 55% de la población bebía alcohol y un 30% fumaba, no había más que un 1,08% que fumara marihuana, un 0,64% que consumiera bazuco y apenas un 0,25 % que aspirara cocaína en ese entonces, mientras que hoy, dos décadas después, también la sociedad colombiana puede ser

consumidora. El despegue experimentado en los últimos años por el consumo de narcóticos en el interior de un gran número de los países productores o de tránsito indica que las estrategias en juego son más que vender drogas en el Norte.

El auge del consumo de sustancias psicoactivas iniciado a partir de los últimos años de los 70 del siglo pasado trajo como consecuencia, en apenas una década, un incremento de la conflictividad social que se manifestó de múltiples formas: delincuencia asociada, entronización de la cultura de la violencia, propagación del VIH/SIDA, carencias asistenciales o propagación de la droga en las cárceles, etc. Para hacer frente a ese problema surgieron multitud de iniciativas ciudadanas desde los más diversos ámbitos geográficos y de actividad (asociaciones vecinales, grupos profesionales, organizaciones culturales, educativas o religiosas, etc.), que fueron configurando una tupida red asociativa que pronto se convirtió en una alternativa a las entidades asistenciales de carácter público.

La dimensión del problema se viene agravando año tras año, habiéndose consolidado los canales de blanqueo de capitales que son utilizados para ocultar sus beneficios por traficantes internacionales y todo un entramado de agentes públicos corruptos (incluidas fuerzas armadas legales de muchos Estados) ligados a estas actividades. Su accionar se ve favorecido por la mundialización de la economía y el vertiginoso desarrollo de las tecnologías de la comunicación, que se traduce en una mayor facilidad para el movimiento internacional de capitales. A ello contribuye también la creciente utilización de dólares en los mercados negros, la tendencia a la desregulación financiera, la consolidación del mercado único europeo y la proliferación de paraísos fiscales exentos de todo tipo de control.

3) El botín y sus consecuencias

La adicción a las drogas y su tráfico ilícito adquieren proporciones alarmantes dado que están afectando cada vez más a la juventud y a los niños en edad escolar. La situación de indigencia en que viven amplios grupos sociales marginados, tanto en el Sur como incluso en los países capitalistas centrales, a los que la sociedad no brinda acceso regular a bienes ni servicios, constituye la mano de obra barata y más arriesgada de las redes del narcotráfico.

En las áreas rurales donde se produce la materia prima para la obtención de las drogas, pese a que la sustitución de cultivos tradicionales ha dado al campesinado empleo y mejores ingresos, estos beneficios inmediatos le han costado muy caro: el costo de la vida en las zonas cocaleras se ha elevado significativamente y el pago en efectivo ha sustituido a las formas tradicionales de trueque en pequeña escala y de apoyo mutuo que eran fuente de estabilidad y equidad dentro de las comunidades indígenas. Igualmente, la introducción de cultivos más rentables fue dejando de lado o desplazado totalmente los granos básicos. El dinero fácil y rápido que traen estos nuevos sembradíos va implicando la introducción de nuevos hábitos alimentarios, dado que se sustituye la dieta tradicional por la comida comprada fuera del ámbito doméstico, enlatados importados en muchos casos. Esto, en definitiva, atenta contra la seguridad alimentaria de los países en que va ganando terreno la producción de las plantas que sirven de materia prima para las drogas. Por tanto, hecho un balance de los beneficios o perjuicios que traen estos nuevos cultivos, los primeros son mucho menores que los segundos en el largo plazo. La ilusión de riqueza inmediata es sólo eso: ilusión.

En Colombia, por ejemplo, decenas de millares de nuevos colonos han emigrado desde la cordillera hasta los llanos del sur para cultivar la coca, trastornando el equilibrio social anterior. Los productos alimenticios tradicionales como la papa, el maíz y la yuca comenzaron a escasear a medida que la mano de obra era absorbida por los cultivos cocaleros. La economía de autoconsumo fue reemplazada por una mercantilizada, impersonal, muy alejada del espíritu comunitario de las tradiciones campesinas.

De todos modos, los pequeños productores que surten de la materia prima a las redes que elaboran la droga en los laboratorios clandestinos, sea la hoja de coca en los Andes latinoamericanos o la amapola en el Asia Central, no son los "malos de la película", y mucho menos los beneficiados económicos. Si hay alguna ganancia extra por la disponibilidad inmediata de efectivo –en Afganistán se estima que con la amapola los campesinos pueden ganar hasta seis veces más que con el trigo tradicional– ello no trae aparejado un verdadero mejoramiento sostenible. Las penurias que implica esta economía subterránea son demasiado costosas.

"Queremos que Colombia y el mundo sepan de una vez que nosotros no cultivamos coca por gusto sino porque nos obligan a ello, y no es la guerrilla la que nos obliga, es el propio gobierno: no hay alternativas", declaraba algún campesino cocalero colombiano, según lo presenta en su muy documentada investigación María Clemencia Ramírez *"Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo"*.

La repercusión social de la droga y de todos los cambios que ha traído aparejados también se hace sentir en la estructura del empleo.

Sin dudas el negocio de las drogas ilegales es un empleador importante en Bolivia, Colombia y Perú. Ocupa directamente entre 600.000 y 1.500.000 personas, según diversas estimaciones. Otras fuentes elevan este número a 1,8 millones, lo cual vendría a representar más de un 4,5% de la población activa, o sea cerca del 3% de la población total de estos tres países. De ellas, unas tres cuartas partes son agricultores y cosechadores de la hoja de coca; casi una cuarta parte son "pisadores" que con los pies descalzos mezclan las hojas con productos químicos no elaborados, como el queroseno, para hacer la pasta base; unos cuantos miles trabajan en los laboratorios clandestinos en los que la pasta se convierte en cocaína refinada. También existe una considerable cantidad de población ligada al negocio del tráfico y distribución ocupando distintos puestos: vendedores, personal de apoyo, guardaespaldas; todos ellos, en actividades consideradas fuera de las leyes, tienen un sustento asegurado a través del campo de las drogas. Por otro lado, su número crece día a día. Además, un número mucho mayor de personas obtiene indirectamente sus medios de vida del efecto multiplicador que se hace sentir en las economías locales. Pero la figura del "capo", hoy día tan popularizada como el principal actor en todo el circuito, es más legendaria que real. En realidad son muy pocos, y sus fortunas –que, sin dudas, son reales– no son en verdad todo lo que la maquinaria mediática presenta. Existen, por supuesto, y disponen de grandes cuotas de poder. Pero hay algo más en todo el "circo". El narcotráfico no sólo es negocio de unos cuantos mafiosos. Hay otra agenda ahí, asunto sobre el que volveremos más adelante.

Otro efecto social de la droga fue la aparición del "narcoagro", el cual ha adquirido particular importancia en Colombia. Los nuevos "barones" de las drogas hacen su conversión en neoterratenientes con evidentes efectos en la economía agropecuaria y en el sistema de

tenencia de la tierra. En efecto, los estudios acerca del proceso agrario comenzado por los narcotraficantes coinciden en describirlo como una "contrarreforma agraria", ya que, contrariamente a lo buscado por los programas reformistas, ha vuelto a consolidar una estructura latifundista. Según un estudio de 1990 de Sarmiento y Morento, a fines de 1988 los narcotraficantes poseían un millón de hectáreas, es decir un 4,3% de las tierras productivas. La intervención de la economía de la droga en el negocio de las tierras repercutió en la forma de tenencia de ésta, ya que aumentó la propiedad (75% en 1960 y 88% en 1988), y se redujo el arrendamiento (del 9% al 3,2%) y el colonato (del 14% al 5,6%), en igual período. Con métodos mafiosos, valiéndose de la fuerza bruta, las narcomafias van obligando a desprenderse de sus tierras a campesinos o a otros finqueros.

El Departamento Nacional de Planeación de Colombia indica que el narcotráfico compró o se apropió de tierras en el 42% de los municipios teniendo en su poder más de 4 millones de hectáreas de los 9 millones de hectáreas de tierra cultivable existentes en el país.

Pero además de un enorme negocio, el tráfico de drogas ilegales tiene otro significado: es utilizado como mecanismo de control de las sociedades.

4) La sociedad controlada

El negocio de las drogas ilegales, si bien ya existe desde hace muchas décadas a un nivel más bien marginal, a partir de su gran explosión en los años 70 del pasado siglo rápidamente se mostró como algo más que una lucrativa actividad comercial. Desde el inicio fue ya

concebido como "algo más": nació como un complejo mecanismo de control social. Grandes poderes decidieron hacerlo entrar en juego.

Como todos los fenómenos masivos que ha ido desatando el capitalismo, una vez puesto en marcha adquirió dinámicas propias; pero en su origen –y eso no ha variado sino que, por el contrario, sigue siendo alimentado a diario en ese sentido– es un dispositivo que permite una supervisión del colectivo por parte de los poderes. Vigilando, supervisando la sociedad en su conjunto, se la puede controlar. O más aún: llevar hacia donde esos factores de poder desean. En nombre del orden público, de la seguridad ciudadana –y se podrían agregar ahí varias pomposas declaraciones en esa línea: resguardo de la moralidad, defensa de los más sacrosantos valores: de la familia, de la patria, del progreso, de la prosperidad, etc., etc.– los poderes fácticos tienen en el combate contra un verdadero peligro social como son las drogas ilícitas un justificativo para actuar.

Como dice Charles Bergquist –citado por Noam Chomsky– en su obra *"Violence in Colombia 1990-2000"*: *"la política antidrogas de Estados Unidos contribuye de manera efectiva al control de un sustrato social étnicamente definido y económicamente desposeído dentro de la nación, a la par que sirve a sus intereses económicos y de seguridad en el exterior"*.

Se podría pensar que, como cualquier calamidad de orden natural, también el flagelo del consumo de estupefacientes es un problema que deben acometer los Estados. Y tratándose de un problema de orden sanitario, el enfoque que debería primar es la prevención. Pero vemos que, en forma siempre creciente, el fenómeno es abordado desde una faceta fundamentalmente represiva. Es más: de hecho, desde hace ya

un par de décadas, ha pasado a ser un problema policíaco-militar, y para la estrategia global del gobierno de Estados Unidos, el asunto en su conjunto ha asumido una importancia capital, una línea maestra de su accionar. O, al menos, eso es lo que se declara oficialmente.

Las drogas ilícitas juegan el papel de mecanismo de control social en un doble sentido: a) como distractor cultural, y b) como coartada para el control militar. Ambas vertientes van de la mano y se retroalimentan una a otra.

El uso de cualquier sustancia psicoactiva sirve para desconectarse de la realidad. Esto no es nuevo en la historia de la civilización humana; en mayor o menor medida, por milenios ha venido aconteciendo. Como distractor de la realidad, como evasivo, la humanidad ha buscado apoyos químicos que le ayuden a soportar la crudeza de la vida. Y si bien el abuso de esas sustancias constituye un problema –las adicciones, como psicopatología, no son un fenómeno nuevo en la historia– la promoción inducida de su consumo es algo muy moderno. Más aún: la promoción masiva al consumo que se desarrolló estas últimas décadas a partir de técnicas mercadológicas, no depende para nada de los consumidores. Por el contrario, hay ahí una estrategia en juego donde el consumidor ya no decide nada. El que consume, en realidad, está inducido a consumir. A partir de ello, son los sectores juveniles, por razones ligadas a su peculiar psicología justamente, los más fácilmente “inducibles”, los más manipulables.

Lo nuevo en la historia es la promoción masiva al consumo de drogas ilícitas. Ello no sucede casualmente; hay un plan que lo sustenta. La cuestión básica entonces pasa a ser: ¿quién y para qué hace eso? Es ahí donde se empieza a dibujar la idea de “control social”. Alguien se

beneficia de esto, aunque se vea muy satánica la lógica en que ello se apuntala, muy monstruosa. Pero, ¿quién dijo que el mundo se maneja con criterios de justicia, respeto o amor? ¿Quién dijo que no hay actitudes francamente monstruosas en todo esto? Los factores de poder saben sólo de eso: del ejercicio de un poder que los torna cada vez más impunes. Por tanto: monstruosos. Y para eso vale todo.

Desde que el capitalismo cambió la faz del planeta al globalizarse el comercio hace ya varios siglos, y con las tecnologías cada vez más poderosas que fueron desarrollándose en consonancia, las sociedades masificadas que surgieron con ese nuevo modelo económico debieron ser manejadas con nuevas herramientas. La iglesia católica que dominó durante todo el medioevo europeo ya no alcanzaba para estos fines. Las sociedades masificadas a que dio lugar el capitalismo, tanto en las metrópolis como en las colonias del Sur, sociedades que fueron urbanizándose con enormes concentraciones de población, implicaron una nueva arquitectura social para los poderes dominantes. En esa perspectiva surgen los medios de comunicación masivos, quizá la mejor arma para controlar a los grandes colectivos, más que los ejércitos.

Más tarde surge también el negocio de las drogas ilegales como política de acción enfocada a sectores específicos, quizá no tan numerosos como los destinatarios de los monumentales medios de comunicación, pero posibles de neutralizar a mucha gente. ¿Qué entender aquí por "neutralizar"? Sencillamente: sacar de circulación. Las drogas, cualquiera sea, sacan de circulación, desconectan de la realidad. A veces, por un rato, por un período relativamente corto. Cuando ya se crea una dependencia de los tóxicos, la desconexión es crónica. Es ese, justamente, el efecto buscado: un porcentaje determinado de población –jóvenes en su gran mayoría– "sale de circulación", queda atontado.

Tal como lo pensaron las usinas ideológicas del imperio, dentro de su mismo país el usuario tipo de esta arma de dominación son los sectores marginales, los habitantes de barrios pobres, en general negros, los grupos que pueden ser disfuncionales al sistema. Con las drogas –más todo otro arsenal que nunca se abandona, desde medios de comunicación a policía, etc., etc.– se logra incidir en ese control social. Así surgió como política para el interior de Estados Unidos, siendo los barrios urbanos marginales, negros y latinos fundamentalmente; y así se difundió luego por otros países: los sectores más rebeldes – “rebeldes” en términos de incorporación al statu quo, más “peligrosos”– fueron los consumidores elegidos. De ahí que los jóvenes constituyen el mercado “natural” para esta mercadería.

Todo ello posibilita luego el segundo nivel del control en juego, quizá el más importante: se pasa a controlar a la sociedad en su conjunto, se la militariza, se tiene la excusa ideal para que el poder pueda mostrar los dientes: los narcotraficantes, elevados a la categoría de nuevos demonios, pasan a ser el enemigo a vencer.

El fenómeno de las drogas ilegales, además de ser sin lugar a dudas un verdadero problema social y sanitario, es una buena excusa para azuzar miedos irracionales. Sabido es que, ante el miedo, y más aún: ante el miedo prolongado, ante el terror, ante una actitud sádica que induce al miedo y lo refuerza reiteradamente, las respuestas son siempre irracionales. Una población asustada es mucho más manejable. El poder eso lo sabe, y lo usa. Con las drogas ilegales se puede ver claramente.

5) Dominación versus resistencia

Como parte de sus políticas de dominación global, el imperialismo estadounidense viene aplicando en forma sostenida ese supuesto combate al negocio de las drogas ilícitas. Desde que arrancó este circuito de la venta masiva de sustancias ilícitas, existe la imagen – mítica, creada en buena medida por la manipulación mediática– que son las bandas ilegales de mafiosos que se encargan del narcotráfico los principales beneficiarios de todo el negocio. Sin dudas que esas redes delincuenciales se benefician. Pero hay alguien más que saca partido de la cuestión. Ese “alguien” no es otro que una estrategia de dominación surgida en los laboratorios del gran poder imperial del siglo XX: el gobierno de Estados Unidos. En nombre de la lucha contra ese problema universal, el imperio desarrolló la estrategia de combate contra esas mafias. El problema, supuestamente, se ataca de raíz. De ahí que se queman sembradíos en los países productores de la materia prima. Pero si hubiera un deseo real de contener el problema sanitario en juego, no se hubiera militarizado el mundo en función de esta lucha. Y, básicamente, se hubiera hecho descender el nivel de consumo; pero curiosamente, ese nivel nunca baja. Al contrario, año a año crece.

"Necesitamos una lucha de verdad contra el narcotráfico, y convoco a las Naciones Unidas, invito al gobierno de Estados Unidos a hacer un acuerdo, una alianza efectiva de lucha contra el narcotráfico y que ya no se use como pretexto la guerra a las drogas para dominarnos, o para humillarnos, o para tratar de sentar bases militares en nuestro país so pretexto de lucha contra el narcotráfico", declaró con vehemencia el presidente boliviano Evo Morales.

Está claro que si hubiese un verdadero interés por terminar con el enorme problema socio-sanitario y cultural que representan las sustancias psicoactivas ilícitas, lo más lógico sería –como en el caso del alcohol etílico, por ejemplo– permitir las bajo determinadas normativas manejadas por los Estados. En otros términos: despenalizarlas. Pero ello no sucede. Es más: no hay nunca una justificación creíble de por qué deben continuar siendo ilegales.

Voces equilibradas en todas partes del mundo llaman a la legalización de las drogas hoy prohibidas como única manera de acabar con la violencia y las penurias que traen de la mano en su comercialización ilegal. Incluso los sectores acusados de promover el narcotráfico, como por ejemplo el movimiento armado colombiano, han declarado en forma contundente la necesidad de controlar ese negocio. Revelador al respecto es el comunicado que uno de los grupos armados que existe en el país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC– produjera en marzo del año 2000, documento casi desconocido por la prensa del sistema y que nos parece oportuno citar:

"Legalizar el consumo de la droga, única alternativa sería para eliminar el narcotráfico.

Con el desarrollo a ultranza del capitalismo en su etapa imperialista, que en esta fase de la globalización hunde en la miseria a la mayoría de la población mundial, muchos pueblos de importante economía agraria optan por los cultivos de coca, amapola y marihuana como única alternativa de sobrevivencia.

Las ganancias de estos campesinos son mínimas. Quienes verdaderamente se enriquecen son los intermediarios que transforman

estos productos en sustancias psicotrópicas y quienes los llevan y realizan en los mercados de los países desarrollados, en primer lugar el de Estados Unidos de Norteamérica. Las autoridades encargadas de combatir este proceso son fácil presa de la corrupción, pues su ética sucumbe ante cualquier soborno mayor de 50 dólares.

Gobiernos, empresarios, deportistas, artistas, ganaderos y terratenientes, militares, políticos de todos los pelambres y banqueros se dan licencias morales para aceptar dineros de este negocio que genera grandes sumas de dólares provenientes de los drogadictos de los países desarrollados.

El capitalismo ha enfermado la moral del mundo haciendo crecer permanentemente la demanda de estupefacientes, al mismo tiempo que las potencias imperiales ilegalizan ese comercio, dada su incapacidad para producir la materia prima. El ejemplo del mercado de la marihuana en los Estados Unidos es plena evidencia.

Por ser tan grande la demanda en sus propios territorios como voluminosa la cantidad de dólares que por este concepto salen del marco de sus fronteras, erigen el eslabón de producción en su enemigo estratégico, en grave amenaza para su seguridad nacional. Olvidan sus propios postulados del libre mercado: la oferta en función de la demanda, descargando su soberbia contra los campesinos que trabajan simplemente por sobrevivir pues están condenados por el neoliberalismo a la miseria del subdesarrollo.

El narcotráfico es un fenómeno del capitalismo globalizado y de los gringos en primer lugar. No es el problema de las FARC. Nosotros rechazamos el narcotráfico. Pero como el gobierno norteamericano

pretexta su criminal acción contra el pueblo colombiano en la existencia del narcotráfico lo exhortamos a legalizar el consumo de narcóticos. Así se suprimen de raíz las altas rentas producidas por la ilegalidad del este comercio, así se controla el consumo, se atienden clínicamente a los fármaco-dependientes y liquidan definitivamente este cáncer. A grandes enfermedades grandes remedios.

Mientras tanto, deben aportar fondos suficientes a la curación de sus enfermos, a campañas educativas que alejen a la humanidad del consumo de estos fármacos y a financiar en nuestros países la sustitución de los cultivos por productos alimenticios que contribuyan al crecimiento sano de la juventud del mundo y al mejoramiento de sus calidades morales.

Pero que no sigan financiando la guerra a través de políticas como EL PLAN COLOMBIA, criminal estrategia que le riega más gasolina a nuestro conflicto interno. Que no sigan experimentando con la vida de nuestros compatriotas regando gusanos que matan toda la vegetación y en muchas ocasiones a las gentes. Que no continúen fumigando porque están matando la naturaleza. Que no continúen alterando nuestro precario equilibrio ecológico. Que no coloquen a los campesinos colombianos de carne de cañón de sus sucios propósitos, porque los gringos están acostumbrados a hacer la guerra bien lejos de sus fronteras con cualquier pretexto y a hacer experimentos criminales con los pobladores de nuestros subdesarrollados países.

Si de verdad quieren liquidar el fenómeno del narcotráfico, deben ser serios. No utilizar la desgracia de nuestro atraso como elemento electorero en la lucha de demócratas y republicanos en los EE.UU. Y

menos, como vergonzoso pretexto para justificar intromisiones en asuntos internos de nuestros países.

Los gobernantes de la potencia imperial del norte deben dejar su doble moral, su hipocresía y su ambición y hacerle una real contribución a la humanidad. No deben olvidar que el antiguo imperio romano pereció por su arrogancia e inmoralidad.

FARC-EJERCITO DEL PUEBLO. PLENO DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

Con Bolívar, por la paz y la soberanía nacional

Montañas de Colombia, Marzo del año 2000"

Si estas sustancias ilegales producidas a partir de materias primas de países pobres que no representan un verdadero problema militar para las grandes potencias siguen procesándose y convirtiéndose en drogas que llegan a los mercados del Norte como sustancias ilegales, ahí hay "gato encerrado". El supuesto combate al narcotráfico, en definitiva, lo único que logra es permitir a la geoestrategia de Washington poder intervenir donde lo desee. O más exactamente: donde tenga intereses, o donde los mismos se vean afectados. Terminar con el consumo está absolutamente fuera de sus objetivos.

Para ejemplo de esta política de dominación imperial, entre otros, el Plan Colombia. Como dice David Javier Medina en su obra *"El horror de la violencia y el Apocalipsis del Plan Colombia"*: *"la aplicación del plan Colombia, la iniciativa regional andina y la multiplicación de bases militares dadas en América latina se orientan a buscar la derrota militar*

de la insurgencia colombiana, las FARC y el ELN, para desestabilizar y derrocar al presidente Hugo Chávez en Venezuela”.

Dicho sintéticamente, esta iniciativa no es sino la pantalla legal que necesita la política neocolonial del gobierno de Estados Unidos para seguir monitoreando/controlando/reprimiendo las protestas sociales en América Latina, y eventualmente preparar las condiciones para el dominio continental en función de los recursos que busca en este subcontinente. *“¿Qué hacer para lograr el dominio político de esa franja que necesita los Estados Unidos para el desarrollo de un segundo canal como el de Panamá?”* –indica Medina en su estudio–. *“¿Qué hacer para apropiarse de más del millón de hectáreas de tierras que están en Urabá, de las más fértiles de Colombia, para ponerlas a producir, a través de las trasnacionales, todo tipo de productos agrarios y que puedan salir libremente para todo el mundo también? (...) Surge un plan Colombia y le agregan la iniciativa andina, señalando a los tres países más peligrosos para la seguridad de USA como son Colombia, Ecuador y Venezuela. (...) Van a crear un corredor acuático y unos grandes oleoductos en la zona fronteriza del estado Zulia y de Colombia, de Ecuador y de la Amazonia, directamente hacia Estados Unidos. Eso no se dice, por cuanto explicaría cuál es la verdadera intención en el desarrollo de esa política militar, el desarrollo del plan Colombia y de la iniciativa andina”.*

Con el consumo generalizado de sustancias que no desean legalizar, y satanizando su producción y su tráfico, Washington tiene la excusa perfecta para militarizar/controlar todas las regiones del mundo que son de su interés. Si la producción de la planta de amapola se disparó en estos últimos años en el Asia Central, especialmente en Afganistán, así como la coca en la región andina de Latinoamericana,

básicamente en Colombia, ello obedece a un plan bien trazado que sirve a su estrategia de dominación: donde hay recursos que necesita explotar –petróleo, gas, minerales estratégicos, agua dulce, etc.– y/o focos de resistencia popular, ahí aparece el “demonio” del narcotráfico. Ello es una política consustancial a sus planes de dominación global, lo cual puede verse claramente, por ejemplo, en el documento de Santa Fe IV, aparecido en el año 2000, entre cuyos principales mentores está Lewis Tambs –de quien Gabriel García Márquez dijo que *“parecía suponer que Estados Unidos podía demostrar que narcotraficantes y guerrilleros eran una sola cosa: narcoguerrilleros. Lo demás era cuestión de mandar tropas a Colombia con el pretexto de apresar a los unos y combatir en realidad a los otros”*–. Dato interesante –y que sintetiza el sentido último de toda la iniciativa imperial que estamos analizando–: Lewis, embajador estadounidense en Colombia y más tarde en Costa Rica, en este último país se involucró profundamente con el apoyo a los “contras” nicaragüenses, siendo señalado en el posterior informe de la Comisión Tower como uno de los contactos del Irán-contras-gate, escándalo en el que hubo tráfico de drogas ilegales para financiar ese ejército contrarrevolucionario que ayudó a desmontar la revolución sandinista. La hipocresía del doble discurso no tiene límites, sin dudas.

En esa patética plataforma ideológica del gobierno republicano de la Casa Blanca puede leerse, entre otras monstruosidades: *“Dado que el narcoterrorismo no ha sido reconocido como uno de los principales factores de muerte de los ciudadanos norteamericanos en las últimas décadas, en forma de cocaína y heroína, y dado que las organizaciones narcoterroristas no han sido identificadas como la fuerza que impulsa la verdadera guerra química desatada contra los ciudadanos norteamericanos y como la influencia más corruptora de nuestra fibra moral, la llamada “guerra contra las drogas” –ese recurso de boca para*

afuera de la administración Clinton en forma de unas pocas miles de millones aquí y allá- sólo logrará, como ha ocurrido hasta ahora, alimentar la corrupción en aquellos países donde supuestamente estamos ayudando a combatir ese flagelo. Entre tanto, como aspecto ineluctable de cualquier sociedad, la corrupción por medio de drogas y, en última instancia, el dinero de las drogas, puede sacar ventaja hasta del sistema capitalista y democrático más avanzado. Esta es una amenaza que Estados Unidos no puede permitirse ignorar. (...) El narcoterrorismo es una simbiosis mortal que desgarrar los elementos vitales de la civilización occidental, no sólo de Estados Unidos. Más aun, desde sus comienzos relativamente modestos hace unas décadas, el narcoterrorismo se ha vuelto cada vez más global en su naturaleza, convirtiéndose en una herramienta y un arma predilecta esgrimida contra Occidente por sus enemigos jurados”.

Preparadas las condiciones, las intervenciones militares son el próximo paso, casi natural, “obligado” podría llegar a decirse. Para la lógica de dominación de Washington, la supuesta defensa de los sacrosantos valores de la civilización occidental (léase: empresa privada haciendo sus negocios) le “imponen” salir una vez más a cumplir con su “destino manifiesto”. El motivo puede ser cualquiera. Ahora el combate contra el narcotráfico llena a cabalidad las exigencias.

“Las drogas ilegales proveen a los narcoterroristas ingresos anuales que están entre los 750 y 1.000 millones de dólares sólo en Colombia. (...) ¿Por qué mantener vivo el mito de que hay diferencia entre los terroristas y los traficantes de drogas en Colombia? ¿Por qué darles respetabilidad y legitimidad, manteniendo la ficción de que estos codiciosos delincuentes tienen una 'agenda social y política'?”, se

preguntaba el Santa Fe IV. El plan Colombia y el plan Patriota son la respuesta a esas preguntas.

Con el argumento del combate contra un mal de dimensiones apocalípticas como pasó a ser el narcotráfico, similar al "comunismo internacional" con que se alimentó la paranoia colectiva durante la Guerra Fría, o el ataque del "fundamentalismo islámico" y el terrorismo que se abrió con el golpe mediático del 11 de septiembre del 2001 con la caída de las torres del Centro Mundial de Comercio de Nueva York, las razones de una militarización global absoluta están servidas. Por medio de esos combates –universales, totales, perpetuos– queda trazada la política que se prefigura en los distintos documentos de Santa Fe y que buscan, luego de la caída de la Unión Soviética, el "nuevo siglo americano", es decir: la continuidad de la hegemonía estadounidense para el siglo XXI.

Gracias a ellas el gobierno de Estados Unidos puede hacer, virtualmente, lo que desee, con absoluta impunidad: intervenir, secuestrar en cualquier parte del mundo a sospechosos de narcotráfico y terrorismo, declarar guerras preventivas. En esa lógica ha implementado el perverso, infame mecanismo de la "descertificación". Es decir: un descarado informe anual sobre la calificación que otorga la Casa Blanca a los gobiernos que, según su parecer, colaboran en el combate contra la producción y tráfico de drogas –los "certificados"–, lo que se traduce en beneficios políticos y económicos que como premio les da el imperio, y en castigos para los que no colaboran con esa política, los que salen "descertificados". En ese sentido tiene absoluta vigencia lo planteado recientemente por las autoridades bolivianas cuando reclaman que *"es importante plantear un nuevo equilibrio en el principio de la responsabilidad compartida, a fin de que también se aplique la*

'certificación', por parte de la comunidad internacional, a los países consumidores que no hayan alcanzado índices significativos de reducción del consumo".

Es en esta lógica que el narcotráfico se descubre como un grandioso, monumental instrumento de control social.

----- 0 -----

Mesa redonda sobre el narcotráfico

Para ahondar en el análisis de esta problemática presentamos a continuación una serie de preguntas y respuestas producto de una mesa redonda entre distintos investigadores y conocedores del tema, y que nos permitimos sintetizar en forma de coloquio. Se tratan ahí las cuestiones básicas del por qué del narcotráfico contextualizadas en relación al caso colombiano.

Pregunta: Considerando el caso colombiano, ¿por qué un campesino llega a convertirse en productor de un cultivo prohibido por la ley?

Respuesta: Es un tema que tiene varias aristas. ¿Por qué un campesino llega a sustituir los cultivos tradicionales por la coca? ¿Por qué deja atrás el cultivo de maíz, de yuca, de papa, de plátano? Eso tiene que ver con el modelo de país en juego. En Colombia históricamente el campesinado ha estado relegado, en todo sentido. Su economía de autosubsistencia lo colocó en una situación de desventaja; lo que

producía iba destinado mayoritariamente para su propio consumo, quedándole una pequeña cuota destinada a la comercialización. Pero siempre las condiciones con que comercializaba le fueron desventajosas. Eso es algo que se da en todo el campo latinoamericano, en Colombia y en cualquier país de la región. Los campesinos trabajan sólo para cubrir sus gastos, casi sin ninguna ganancia económica.

A su situación de precariedad histórica debe agregarse la inseguridad con que han vivido estas últimas décadas, dado que toda la región sur del país (los departamentos de Caquetá, Putumayo, etc.) ha sido zona de guerra y el ejército continuamente ha estado interviniendo en esa región. Como esa es el área clásica de la insurgencia, el movimiento campesino también fue reprimido en la estrategia contrainsurgente. Esa persecución política hizo que muchos campesinos prefirieran dejar sus tierras y marcharan a la ciudad. Los que se quedaron, ante la nueva oferta de producción de mata de coca que fue apareciendo hacia los años 70/80, fueron optando por este nuevo cultivo. Eso les traía una serie de beneficios: tenían ya asegurada la colocación de toda la producción, les pagaban un mejor precio que los cultivos tradicionales, pagaban en efectivo, incluso le retiraban el producto en su mismo lugar, dado que la cuestión del traslado fue un problema crónico para los pequeños productores agropecuarios que viviendo en zonas recónditas no tenían vías de desplazamiento para sacar su producción. Por el contrario, las mafias que llegaron a proponerles estos nuevos cultivos, llegaban hasta el sitio donde cada campesino sacaba su cosecha, y eso les facilitaba grandemente la situación. Incluso, como otro beneficio, la producción de la mata de coca es relativamente corta y fácil, dado que es una planta muy resistente, distinto a otros cultivos tradicionales que requieren mayor atención. Pueden tener hasta dos cosechas anuales. O sea que todo eso

representaba una gran ganancia: mejor pago y menos trabajo. Obviamente esas condiciones hicieron que muchos campesinos se pasaran a ese cultivo sin pensarlo dos veces. Ante la necesidad crónica en que vivieron siempre, la posibilidad de encontrar un principio de salida a su precariedad los llevó a este cambio en los cultivos, por pura sobrevivencia. Eso fue lo que detuvo el éxodo hacia las ciudades, que no es otra cosa que llegar a engrosar los cinturones de miseria urbana. Podríamos decir que la amplia mayoría del campesinado aceptó este cambio. Aquí no había espacio para consideraciones de índole moral, era una pura cuestión de sobrevivencia. En las montañas no está presente el tema del narcotráfico o del consumo de droga como un problema. Eso ahí no es evidente, para nada.

Visto en términos globales, esta sustitución de cultivos que se dio en Colombia debe entenderse como parte de estrategias generales de los poderes imperiales donde se decide qué produce cada país, no en función de sus propios intereses sino atendiendo a las conveniencias de Washington y su estrategia de dominación hemisférica. Por ejemplo en México se sustituyó el maíz, cultivo tradicional, ancestral, la cultura de los "hombres de maíz", y recientemente, a partir de las políticas neoliberales que fijan esa repartición internacional del trabajo por medio del NAFTA, el Tratado de Libre Comercio para América del Norte, la nación azteca se encontró con la paradójica situación en que debe importar el maíz producido por granjeros de Estados Unidos, subsidiados por su propio Estado.

Las políticas neoliberales se mueven con los mismos criterios para todas las mercaderías: las colonias producen para los centros imperiales los productos terminados, a bajo costo, y es el imperio el que se encarga de la comercialización. En el medio de todo eso se insertan los

distintos personajes del narcotráfico, los “malos de la película” según el discurso mediático que nos han metido últimamente, haciéndolos aparecer a ellos, a esas redes mafiosas de distribución de la droga, como los verdaderos responsables de la circulación de esa nueva mercadería. Pero si lo vemos desde la luz de las políticas en juego, no son las mafias las que mueven el negocio en última instancia, sino que hay poderes más arriba aún que son las que fijan esas estrategias globales.

Como ha pasado con cualquier modelo de agroexportación, el país que es condenado a esa práctica se ve arrastrado, contra su voluntad por supuesto, a una situación de dependencia externa, y por tanto, de vulnerabilidad. Y en el caso de la droga colombiana, con el agravante que ese producto específico, que va de la mano de toda una cultura del dinero fácil vinculado a la criminalidad, se liga con un desgarramiento profundo de todo su tejido social. De esa manera el país en su conjunto va entrando en un proceso de descomposición, de guerra. Pero debe quedar claro que es una guerra fabricada, impuesta. Y ahí es donde se ve cuál es la verdadera estrategia que está en juego detrás de todo esto: se penalizan criminalmente cultivos supuestamente ilegales, lo cual lleva a niveles de violencia atroces con esta guerra prefabricada.

Pregunta: ¿Cómo, cuándo y por qué un cultivo –la coca en este caso– pasa a ser ilegal? ¿A quién conviene decretar esa ilegalidad?

Respuesta: La mata de coca es un cultivo ancestral de las culturas aymará y quechua en los territorios de lo que hoy son Bolivia y Perú. Esa planta hace parte de su alimentación básica desde tiempos inmemoriales, hace alrededor de 5.000 años. De hecho tiene una amplia

variedad de usos: además de la alimentación, usada como harina, se emplea también en medicina, se hacen infusiones, sirve como abono para plantas, como alimento para el ganado. Su cultivo no es ningún crimen, es parte de una cultura milenaria. Sólo un 10% de lo producido en Bolivia, por ejemplo, se destina a la elaboración de cocaína. Vemos hoy de una manera evidente que para estas poblaciones es algo normal su cultivo cuando los pueblos de Latinoamérica eligen líderes populares que reivindican esas raíces, ese pasado reprimido por el discurso opresor llegado de Europa que mantuvo silenciadas estas civilizaciones por siglos. Lo vemos, por ejemplo, con la elección de Evo Morales en Bolivia, quien levanta y reivindica, entre otras cosas, esa cultura ancestral, y por tanto, la producción de la mata de coca, siendo él mismo un productor cocalero. Pero curiosamente el principal productor de coca en el mundo en estos momentos es Colombia, lugar donde no era práctica común su cultivo. Es decir que ahí se introdujo siguiendo un plan previamente trazado. Por eso vale una vez más la pregunta: ¿quién se beneficia con esto?

Se ha popularizado la visión que quienes trafican con este producto, los narcotraficantes, pueden solucionar los problemas económicos de la noche a la mañana como por arte de magia. Por eso en Colombia se suele llamar a los mafiosos "los mágicos". Es que, dadas las dinámicas sociales que ha estado viviendo el país estas últimas décadas, cualquiera que se acercara a las mafias del narcotráfico, "mágicamente" podía cambiar su modo de vida y pasar a ser, por ejemplo de un desempleado, de pronto alguien que maneja enormes cantidades de dinero, opulento, lujoso. Realmente parece "arte de magia". Hay numerosos ejemplos de esto, como el caso del padre del actual presidente Álvaro Uribe Vélez. Gente que se acostaba hoy como propietario de cinco fincas y mañana se levantaba con el doble,

mágicamente. Eso fue generando una cultura de admiración, y luego de adoración de estas peculiares "magias". Para la gran mayoría de la población, siempre en precarias condiciones de sobrevivencia, el traficar con estos nuevos productos abría la posibilidad de una solución definitiva a sus crónicas penurias. Así se fue tejiendo una nueva moral de dinero fácil y de enriquecimiento casi instantáneo. Y una vez instalada esa cosmovisión, esa ética tan peculiar, fue ya muy difícil desarmarla. Por el contrario, se expandió siempre más y más.

Esa misma visión de las cosas creó una cultura de la opulencia desvergonzada, de "nuevo rico", para hacer ver de manera ostentosa cómo la "magia" del nuevo negocio podía cambiar la vida en forma acelerada. Y ello fue creando mitos: el mito del narcotraficante, del mafioso que se enriquece y pasa a ser el nuevo centro de esta economía en ascenso. Pero no hay que dejar de ver que esa opulencia repentina está asentada en pies de barro. En definitiva: estos nuevos ricos que va creando el negocio del tráfico de cocaína es una historia de vidas breves, de fortunas efímeras. Dado que lo que se comercia es una sustancia ilegal, las fortunas que se tejen y toda la actividad económica en torno a ella están estructuralmente marcadas por la brevedad, por la inmediatez. Se hacen fortunas a velocidad de la luz, pero a un alto costo: la muerte o la cárcel están siempre a la vuelta de la esquina. No es una economía sustentable, no hay allí, con todo ese negocio que se puso en marcha en estos últimos años, una verdadera posibilidad de desarrollo. Todo lo cual ratifica que hay intereses muy poderosos que buscan mantener ese estado de cosas porque, en definitiva, se benefician de esta "ilegalidad".

No se puede construir un país en base a esa economía ficticia; pero esa economía sí puede mantener al país en funcionamiento, y con

mucha población fascinada por ese camino rápido hacia la solución de sus problemas básicos. Sin dudas una narcoeconomía no soluciona nada a largo plazo; al contrario: genera un país en crisis continua, con una violencia total, con una juventud que ansía esas supuestas soluciones mágicas, aún sabiendo que sus historias de vida al entrar a los circuitos del narcotráfico son cortas, muy cortas. Pero sin dudas, ante la presión de la sobrevivencia y la falta de otras oportunidades, esa fascinación por la "magia" del dinero fácil e inmediato terminó imponiéndose. O, al menos, esos poderes que son los que se benefician con ese estado de cosas, terminaron imponiendo ese modo de vida.

Aparentemente todos los que están en la cadena de la comercialización de las sustancias prohibidas parecen beneficiarse: el narcotraficante, el campesino que produce la mata, el pequeño distribuidor que está parado en una esquina, el matón que hace trabajos sucios para toda la cadena, etc. Pero visto en su conjunto, como sociedad, eso no lleva a ningún lado sino a la guerra civil, tal como sucede hoy día. El campesino, sin saberlo, termina siendo parte y alimentando la ilegalidad, y también él pasa a ser parte de esa cultura delincencial. Sin saberlo, o sin quererlo, pasa a pertenecer a una práctica ilegal y es posible también de ser extraditado a Estados Unidos, o detenido y procesado en suelo colombiano. Por ese supuesto dinero fácil y rápido que genera el negocio de la cocaína, toda la sociedad queda en perpetua zozobra.

Pero en definitiva el resultado final de ese supuesto florecimiento económico es lo que los poderes fácticos quieren: se da la oportunidad de intervenir militarmente el país porque es "peligroso". Y Colombia, hay que decirlo claramente, es un país intervenido por fuerzas armadas extranjeras. El país ha perdido toda su soberanía. Tiene personal militar

extranjero dentro de su territorio tomando decisiones que deberían tomar colombianos; tiene bases militares extranjeras con gran capacidad de operación, tres para ser precisos, y posiblemente una cuarta, al cerrarse la de Manta en Ecuador. Es decir: hoy por hoy Colombia ha cedido vergonzosamente su soberanía como país.

Por suerte algunos países limítrofes, como el caso de Venezuela y Ecuador, han tenido una posición muy digna en la defensa de su soberanía y han rechazado este papel de gendarme regional que la estrategia de Washington le quiere hacer jugar al Estado colombiano. El gobierno ecuatoriano, por ejemplo, ha rechazado las fumigaciones con glifosato en su frontera común. Esa es una importante medida para detener la avanzada del imperialismo. El glifosato está debidamente probado que es una sustancia muy nociva tanto para el medio ambiente como para el ser humano.

Los campesinos que entran en las redes de la producción de coca supuestamente tienen, según la propaganda mediática más que nada concebida hacia fuera de Colombia, la posibilidad de optar por otros cultivos sustitutivos que apoya el gobierno colombiano con asistencia de Estados Unidos, en especial a través de la USAID, su Agencia para el Desarrollo Internacional (la cara "buena" de la CIA, digámoslo así). Pero todas esas maniobras no son sino payasadas, así de sencillo. En realidad el primer interesado en no acabar con el actual estado de cosas, más allá de las pomposas declaraciones oficiales, es el mismo Estado. Sin lugar a dudas, y lamentablemente, hoy el Estado colombiano está secuestrado por estas políticas estadounidenses de promoción del narcotráfico. Hoy en Colombia no mandan los funcionarios colombianos: mandan estas políticas que perversamente fija la Casa Blanca como parte de una estrategia de dominación hemisférica. O más aún: global,

como también con una situación más o menos parecida que ha generado en el Asia con la producción de amapola afgana y su transformación en heroína, que maneja a su gusto con la misma lógica que aquí, en suelo americano, hace con la coca y la cocaína.

Pregunta: ¿Puede entenderse, entonces, que en el asunto de la droga hay más que un buen negocio de alguna mafia? ¿Se trataría de un mecanismo político implementado por los grandes poderes?

Respuesta: Exactamente. La estructura del Estado colombiano está totalmente permeada por fuerzas que se manejan con esta estrategia del narcotráfico. Y es importante puntualizar lo siguiente: no es que el aparato de gobierno esté infiltrado por estas mafias malévolas. Es más complicado aún: el Estado mismo avala esa política de fomento del cultivo ilegal, aunque oficialmente la persigue e invita a los campesinos a hacer la sustitución de ese cultivo ilegal de la coca por otros que promueve como supuesta alternativa. Los escándalos que salen a luz permanentemente hablan claramente de esa política que define al Estado. No son cosas excepcionales, mafias que se filtraron, algún personaje maligno que aprovecha el aparato de gobierno para hacer su negocio. Por el contrario: es una política calculada. Y en verdad, quien dirige la batuta final es Washington.

Algo interesante: en alguno de los documentos desclasificados del Departamento de Estado de Estados Unidos el actual presidente de Colombia Álvaro Uribe Vélez aparece en el puesto número 82 de la lista de narcotraficantes identificados. Como lo señalara un documento de la Defense Intelligence Agency de los Estados Unidos, elaborado en 1991 y conocido más tarde: "*Álvaro Uribe Vélez es un político colombiano y*

senador que trabaja con el cartel de Medellín a altos niveles del gobierno. Uribe ha estado ligado a actividades de narcóticos en Estados Unidos. Su padre murió en Colombia por sus conexiones con los narcotraficantes. Uribe trabajó para el cartel de Medellín". Esto quiere decir que la actividad política en su conjunto dentro del Estado colombiano está regida por esta estrategia, desde el presidente hacia abajo. No es algo casual, ocasional: hay una política que alguien trazó y se encarga de mantener vigente. Álvaro Uribe, sin ambages, está reconocido como un integrante del cartel de Pablo Escobar, y nadie lo persigue legalmente. Al contrario: llegó a la primera magistratura del país. Durante su gestión como gobernador de Antioquia asignó una enorme cantidad de autorizaciones para construir pistas de aterrizaje al cartel de Medellín, para quien trabajaba. En ese período, corto por cierto, se construyeron más pistas que en los anteriores 30 años.

Al desarrollar esta política de utilización de las drogas como herramienta que le permite controlar, la Casa Blanca se asegura tener como aliados –aliados forzados, en algún sentido, chantajeados– a todos los actores políticos que están involucrados con el narcotráfico, pues al ser éste ilegal, aunque Washington lo sabe y lo promueve, puede mantener esa carta siempre escondida con la que presionar a los funcionarios. Sin dudas desde mucho antes que Uribe fuera candidato presidencial, el gobierno de Estados Unidos sabía de su participación en el narcotráfico, pero no hay dudas que le conviene tener a alguien como él en la presidencia del país. En realidad la Casa Blanca declara estar alarmada con este flagelo, pero en verdad no hay tal. Usa todo este circuito para sus planes imperiales.

En Colombia hay crisis, una profunda y ya crónica crisis que no parece poder superarse en el corto plazo tal como están las cosas, pero

en modo alguno eso le preocupa a la política de dominación del imperio. Por el contrario, eso es lo que busca. Aprovecha ese estado de cosas para llevar adelante su política. Es una crisis provocada y de la que se favorece. En esa estrategia el imperio toma y da, ajusta un poco las cosas y luego da algo de soga. Ahora, por ejemplo, quizá intente lavar un poco la cara la democracia formal, que está muy deteriorada por los recientes escándalos que salieron a la luz pública durante el año 2007. Pero esas denuncias no dicen nada nuevo que no se supiera ya: no es ninguna novedad que en el país se vive una narcopolítica fríamente calculada, buscada, provocada. Tal vez en este momento se hizo demasiado evidente la relación del Estado con las estrategias contrainsurgentes de los paramilitares, por eso Washington amaga con tomar alguna distancia del ejecutivo colombiano. Pero no son más que reacomodos coyunturales. La política de fondo no varía.

El imperio necesita esa base militar que es Colombia, no sólo para un eventual ataque a la vecina Revolución Bolivariana en Venezuela sino como un centro de operaciones, monitoreo y seguimiento para toda América Latina. Cuando el gobierno colombiano habla de promover la sustitución de cultivos para los campesinos del sur del país, que es el lugar donde fundamentalmente se cultiva la coca, las ofertas que hace, siempre ayudado por el gobierno de Estados Unidos, son ridículas. Son apenas unas migajas que no sirven en nada para cambiar la situación. Es que, en realidad, no hay la más mínima intención de atacar el problema. Al contrario, se busca que el mismo se perpetúe. En esa zona del país, que es la más atrasada, la más postergada históricamente, se juega con la ignorancia de la población.

El narcotráfico va de la mano de las políticas neoliberales. Hay que dejar bien en claro que no es un problema que generó la población

colombiana sino que obedece a una política diseñada en los laboratorios sociales del Pentágono. Es un arma de dominación político-militar, y por otro lado es un gran negocio. Se calcula que entre un tercio y la mitad de todo el dinero que mueve la industria de las drogas ilegales en el mundo es lavado en la banca estadounidense. Hoy día se estima esa cifra de dinero blanqueado es aproximadamente entre 300 y 400.000 millones de dólares. De todo eso, a los latinoamericanos nos queda la crisis, la guerra civil, los muertos, sociedades desgarradas, y sólo algunos dólares que mueven las mafias locales. Pero debe quedar claros que si bien esos poderes locales, presentados como los dueños del negocio por una interesada prensa internacional que, en realidad, es la prensa del imperialismo, mueven una considerable masa de dinero (muchísimo, para la lógica de sociedades empobrecidas donde el estilo fastuoso de los nuevos ricos tiene el valor de riqueza fastuosa), su poder real es limitado, dado que responden –por cierto sin saberlo– a una arquitectura geoestratégica que no trazan ellos sino otros centros de decisión internacional en el que ellos encajan.

El campesino productor, allá en sus montañas, en los lugares más inhóspitos, más olvidados, es finalmente quien menos se favorece con este negocio. Como son cultivos ilegales está siempre ante la posibilidad de poder ser tratado como delincuente, caen siempre bajo este supuesto combate al narcotráfico. Por supuesto que no se lo combate en verdad, pero al montarse todo el discurso mediático que presenta esta guerra sin cuartel contra la droga, como siempre el hilo termina cortándose por lo más fino, siendo el productor campesino el que recibe la mayor carga represiva, pues se le ataca en el único bien que posee, que es su parcela de tierra. Allí fumigan, y las consecuencias de esas fumigaciones –que son siempre altamente perniciosas– quedan para el campesino, su familia y su tierra. Las enfermedades que provocan esas aspersiones en

su cuerpo, o el daño que se ocasiona en su tierra, no tienen precio. El que sale especialmente perjudicado, entonces, es el pequeño productor, que más allá de obtener algún dinero en forma rápida dedicándose al cultivo de la coca, a largo plazo termina siendo perjudicado por esta política de fomento del consumo de drogas, tanto en su salud como en su entorno ecológico.

Pregunta: Entonces, ¿efectivamente no existe ninguna voluntad de terminar con el narcotráfico, al cual se lo presenta como un terrible flagelo?

Respuesta: En realidad el supuesto combate al narcotráfico es el montaje de una sangrienta obra de teatro. El imperio mantiene su hegemonía a través de distintos tipos de intervenciones, que van de la mano, y que tienen que ver con estos tres aspectos: económico, político y militar. Con esas tres aristas, privilegiando una u otra según las coyunturas o los intereses particulares en juego, perpetúan su dominación. En esa lógica hay que ver el nacimiento y desarrollo del narcotráfico, y luego su supuesto combate.

Colombia no era un productor histórico de hoja de coca; este cultivo no hacía parte de su tradicional cultural como sí estaba presente en Bolivia y en Perú. La mata de coca fue introducida en Colombia hacia fines de los 70 y comienzos de los 80 del siglo pasado. Y el auge del narcotráfico como gran problema, como nuevo monstruo mediático satanizado justamente comienza para esa época, cuando comienzan a ponerse en marcha las políticas neoliberales con las que las instituciones del Consenso de Washington (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional) sojuzgaron a Latinoamérica en forma descarada desde esa época, mientras en lo político y militar se mantenían sangrientas

dictaduras a lo largo y ancho del continente. Inicialmente Colombia era el laboratorio para producir la pasta básica para la posterior producción de cocaína con hoja de coca boliviana. Posteriormente pasa a ser productor de la hoja misma. Hubo ahí un movimiento en función de una mayor rentabilidad para los carteles colombianos, y son ellos los que para la década del 80 comienzan a manejar fuertemente el negocio. Casualmente en Colombia opera ya por ese entonces un movimiento insurgente con largos años de lucha y con considerable apoyo en el movimiento campesino. Es curioso, entonces, que justamente ahí, en la zona de mayor presencia del movimiento armado, comience a surgir la producción de coca en forma acelerada y masiva.

La hipótesis que liga el surgimiento del nuevo demonio del narcotráfico como peligro a atacar para justificar el avance contra el movimiento guerrillero colombiano cobra entonces mayor lógica.

Pregunta: ¿Es todo el montaje del combate contra el narcotráfico en la región latinoamericana una estrategia para justificar el ataque al movimiento insurgente colombiano?

Respuesta: En parte sí. Aunque la estrategia de dominación imperial va más lejos aún: se trata no sólo de golpear la posible insurrección colombiana sino preparar condiciones para poder intervenir militarmente en cualquier punto de América Latina. Sin lugar a dudas el satanizado comercio de drogas ilícitas brinda la excusa perfecta para mantener bajo control militar toda la región. Y a través del control militar viene luego el control de los recursos, del petróleo, del agua dulce, de la biodiversidad de las selvas tropicales.

En el Plan Patriota que se implementó recientemente en Colombia el objetivo central, claramente dicho, era descabezar el Secretariado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–, así de simple. De todos modos los actuales planes implementados por Washington en el interior del país, tanto el Plan Colombia como el Plan Patriota, fueron fracasos desde el punto de vista político y militar. Pero lo más paradójico es que también son un fracaso en términos de combate contra el narcotráfico. Desde el momento en que se inició el Plan Colombia a la fecha el área de cultivos de coca se duplicó. Es obvio, por tanto, que no hay el más mínimo interés por terminar con ese cultivo.

En la década del 80 pudimos ver cómo con dinero producto del narcotráfico, y en forma ilegal, se financiaba a la Contra nicaragüense. Es decir que instancias del gobierno de Estados Unidos usan descaradamente el tema de las drogas ilegales para desarrollar sus políticas imperiales. De lo que se trata en Colombia es de mantener aislado, y si se pudiera, de aniquilar, al movimiento armado y a todos los movimientos populares organizados que luchan por un cambio social. Todo aquel que proteste, que alce la voz, que tienda a la organización popular, sean campesinos, movimientos indígenas, cualquier tipo de organización comunitaria, es barrida en medio de esta guerra civil no declarada que se puede justificar perfectamente con la guerra sin cuartel contra las mafias del narcotráfico. Pero es claro que si en años de intervención militar las áreas sembradas con coca no se redujeron sino que, por el contrario, crecieron, no hay tal combate contra la droga. Es un combate frontal contra el campo popular organizado. Es un ataque a la soberanía, es una forma de preparar condiciones para lo que nos rapiñarán en el futuro. Es como denunciar que en la triple frontera entre Brasil, Argentina y Paraguay hay “terroristas islámicos”. Eso no es sino

una forma hipócrita de poder penetrar en la zona para quedarse con el Acuífero Guaraní, la reserva de agua dulce subterránea más grande del planeta. Así funciona el engaño del tráfico de drogas: donde hay recursos vitales para el imperio, casualmente ahí aparecen las plantaciones de matas "ilegales".

Se sabe que el tema de la droga implica un costo para la misma juventud estadounidense; pero ello también es producto de un frío cálculo. Con la droga se saca de circulación la protesta social, se estupidiza, se despolitiza. Más aún si los sectores que consumen son potencialmente peligrosos para el sistema, como por ejemplo la población negra. En ese sentido puede decirse que el capitalismo desarrollado, y más aún su fase superior, el imperialismo, se dedica sólo a chupar la sangre de la gente como buen vampiro. Todo el diseño del sistema tiene mucho de maquiavélico. Evidentemente para la lógica de mantenimiento del sistema no interesa que un determinado porcentaje de su población esté atrapado en las garras de la tóxico-dependencia. Eso, por último, es funcional. Hoy día existen alrededor de 25 millones de consumidores de drogas fuertes en el mundo, y el sistema los necesita. Eso es negocio, porque cada uno de esos consumidores paga la droga que consume, y eso es lo que en definitiva quiere el sistema entendido en su dinámica comercial: compradores, consumidores, gente que gaste dinero. Que el sistema esté enfermo, que moralmente sea insostenible, que esté en ruinas, eso no le importa a quienes detentan el poder. El sistema capitalista en su conjunto no tiene salida; si no, no podría permitir/alentar una enfermedad social como el consumo de drogas.

Además, tal como decíamos, la dependencia respecto a una droga permite el control de toda esa población. El adicto crónico restringe toda

su vida a procurarse el narcótico, por lo que, en otros términos, es un ser al que su historia personal lo quita de circulación, lo margina como ser pensante-actuante con perspectivas críticas y/o transformadoras sobre la realidad. El drogadicto se dedica sólo a la droga. Y aunque parezca maquiavélico, satánico, monstruoso, esa es la razón de ser de todo este circuito del narcotráfico: generar ganancias económicas y ser un mecanismo de control social.

Es claro que a las altas esferas del poder no le interesa terminar con este problema. Es más: para esa lógica, el tema de la droga no es un problema, en absoluto. Es la savia que lo alimenta; más que un problema, es una "necesidad".

Pregunta: ¿Quiénes son, entonces, los que se benefician finalmente con todo este entramado?

Respuesta: En realidad, cuando nos referimos a los factores del poder, decimos básicamente el capitalismo estadounidense. Es decir: los grandes capitales acumulados en territorio de Estados Unidos, y el poder político-militar de su aparato de Estado, que es el que los defiende. Hoy por hoy, el poderío de esa élite no se apoya tanto en la fortaleza industrial científico-técnica, en una moneda fuerte respaldada en su salud económica sino, fundamentalmente, en las armas, en la fuerza bruta. El núcleo del capitalismo que se desarrolló en Estados Unidos como punto máximo del crecimiento del capital degeneró en un monstruo que necesita la guerra como su sostén. Muy buena parte de su pujanza económica se asienta en la industria de guerra, y su proyecto político hegemónico como potencia unipolar luego de la caída de la Unión Soviética está basado en la guerra. Sin guerra, Washington no tiene proyecto. Y de la misma manera, con esa lógica, se inscribe el

campo de las drogas. Las drogas son un cáncer en términos de salud pública, definitivamente. Eso no es ninguna novedad. Pero sin su tráfico ilegal al imperio se le dificultaría su papel de potencia dominante. El imperialismo usa el tema de la droga en términos económicos, a través del lavado de dinero, y en términos políticos, como excusa para controlar. Estamos en presencia, por tanto, de un capitalismo mafioso, un capitalismo que dejó de ser inventivo, creador, arrollador en términos de pujanza como sucedió hace 200 años, cuando las colonias de cuáqueros del Atlántico se veían como el futuro de grandeza que efectivamente construyeron. Hoy ese capitalismo, si bien no agoniza, está mortalmente enfermo. Su aspecto mafioso (guerrerrista, basado en el chantaje, en la prepotencia, en los negocios sucios) es lo que lo salva del derrumbe.

Es una infame mentira decir que la estrategia de la Casa Blanca tiene que ver con el combate a las drogas. Todo lo contrario: las alienta, porque las necesita. En Colombia no se plantaba la coca anteriormente, y ahora es un cultivo de la mayor importancia. Lo mismo pasa en el Asia Central. En Afganistán, por ejemplo: antes de la entrada de Estados Unidos en el escenario se cultivaba amapola, pero nunca a los niveles actuales. Desde el involucramiento del gobierno estadounidense en el área, ese cultivo se triplicó. ¿Dónde está la preocupación por su erradicación? Eso no existe, es sólo el discurso mediático.

El gobierno de Estados Unidos lejos, muy lejos está de preocuparse sinceramente por el problema sanitario ligado al consumo de las drogas. Por supuesto que no va a reconocer en forma pública que todo esto hace parte de su estrategia de hegemonía global; pero ahí está verdaderamente el núcleo de todo. Más allá de la declamación el negocio de la droga le es necesario. Y ahí es donde vemos que todo el

campo de la drogadicción, visto globalmente, excede los marcos de un tema sanitario. Es un problema político. Cuando Marx dijo que "la religión es el opio de los pueblos", estaba claro el mensaje. Hoy día, además de la televisión y los medios masivos de comunicación, ese "opio" se perfeccionó, se desarrolló. Hoy día ese "opio", o las sustancias que se han ido desarrollando y hacen las veces de tal, se comercializan con criterio de multinacional global con las fuerzas armadas estadounidenses por detrás.

Que este ámbito es algo concebido, estructurado y manejado con criterios políticos, con criterios de geodominación política, hoy es ya algo sabido, documentado y debidamente probado. Para muestra, lo ocurrido en todos los países socialistas. Allí, anteriormente, no existía el negocio de la droga. La Unión Soviética era un territorio relativamente libre de narcotráfico; una vez desintegrada, para la década de los 90 del siglo pasado, en forma vertiginosa aparece tanto el tráfico como la producción. Hoy día, a una década y media del colapso soviético, en alguna ex república socialista que componía ese bloque como Kirguistán, en el Asia Central, se calcula que el porcentaje de tierra productiva dedicado al cultivo de drogas es uno de los más elevados del mundo. Y las mafias del narcotráfico crecieron aceleradamente, ganando notoriedad económica y política.

Otro tanto ocurrió en la Nicaragua sandinista. Durante la década de revolución sandinista, entre 1979 y 1990, el país, con sus numerosas dificultades, casi no conocía la droga. Destrozado por la guerra mal llamada "de baja intensidad" –baja intensidad para Washington, para Nicaragua significó 17.000 millones de dólares en pérdidas, con 50.000 muertos y miles de heridos y discapacitados crónicos como una pesada carga– casi al momento mismo de retirarse los sandinistas del Ejecutivo,

floreció el narcotráfico. ¿Casualidad o estrategia política? Y en la Venezuela Bolivariana nunca se dieron tantos decomisos de droga – fundamentalmente cocaína colombiana en tráfico hacia Estados Unidos– como con la Revolución, más aún luego del retiro de la DEA (la Drug Enforcement Administration, por su sigla en inglés: la Administración de Drogas y Narcóticos) por una decisión política del gobierno de Hugo Chávez. ¿Casualidad? Definitivamente: la droga es mucho más que un problema de salud pública. Se maneja con criterios políticos, de multinacional económica y de estrategia global. No es un problema de salud de algunos muchachos desorientados. Es, en todo caso, un arma cultural.

Pregunta: Los grandes poderes, además de la dominación militar, tienen infinidad de aristas con las que controlan sus áreas de influencia, ya sea a lo interno o en relación a las colonias que manejan: lo político, lo cultural, la dependencia técnica, etc. En el caso de las drogas ilegales ¿cómo es el manejo que realizan?

Respuesta: El dominio cultural, la narcotización a que se somete a las poblaciones a través de las drogas, o incluso a través del terror que se ha ido construyendo en torno a las drogas como esfera ilegal, como reino de la criminalidad, todo eso no es pura casualidad. Obedece a criterios calculados. Siempre, desde el poder, mantener asustada a una población es un arma eficaz para la dominación. A las masas se las puede asustar de muchas maneras: con las religiones, con las supersticiones, con los nuevos fantasmas mediáticos de fines del siglo XX como el siempre mal definido "terrorismo". O con el narcotráfico. Las drogas, en ese sentido, juegan un importante papel. O desconectan de la realidad a quien las consume, transformándolo en un enfermo, en un

dependiente psicológico; o desconectan por toda la paranoia social que se crea con el campo de la ilegalidad que las rodea.

El drogadicto es un enfermo desde el punto de vista psicopatológico, sin dudas. Y no cualquier joven que consuma droga ocasionalmente llega a ser un dependiente. Pero no hay dudas que concebida socialmente, en términos globales, el campo de las drogas ilegales no es sólo una cuestión de enfermedad. No estamos hablando de una pandemia planetaria con una etiopatogenia que puede abordar la epidemiología, el salubrismo como especialidad de las ciencias de la salud. El enfermo que no puede vivir sin el tóxico, el drogodependiente que está dominado biológica y psicológicamente por el tóxico, es un aspecto del problema. Aspecto de muy difícil abordaje y resolución, por cierto. Pero "curando" drogadictos no se termina el problema del narcotráfico. Hay otras esferas en el problema: las aristas del poder, de enormes y diabólicos poderes globales que lucran con este aspecto de la vida humana. El joven que entra al campo del consumo está muy comprometido en su recuperación. Pero el problema no se agota en la recuperación. ¿Por qué cada vez hay más oferta de drogas ilegales? Se podría decir que porque crece la demanda. Círculo vicioso engañoso, pero si así fuera: ¿por qué crece la demanda? ¿Se "enferma" cada vez más la sociedad? ¿Se tornan cada vez más "patológicos" los jóvenes? Con el abordaje sanitarista no se puede terminar de entender el fenómeno. Es más que un problema de salud, de psicopatología.

El crecimiento del consumo va de la mano de una estrategia de mercadeo de esta nueva mercadería. Como cualquier producto nuevo debe ser introducido en el mercado, presentado, posicionado; si así no fuera, nadie lo conocería, y por tanto, nadie lo consumiría. Con las drogas ilegales, al igual que con cualquier nueva oferta, hay políticas

que lograr imponer los nuevos gustos, las nuevas modas. Las redes de narcotráfico que funcionan en los distintos países latinoamericanos que sirven de puente para hacer llegar la coca colombiana, o boliviana o peruana transformada en cocaína al gran mercado estadounidense muchas veces –esto es un hecho que crece cada vez más– reciben el pago de sus servicios no en metálico sino en droga. Ello hace que para monetarizar su ganancia deban vender en sus respectivos mercados locales ese producto. De ahí que el consumo crece no sólo en Estados Unidos o Europa (principales fuentes de la demanda de los tóxicos) sino también en todos los países, incluidos aquellos con economías débiles. De la producción de cocaína colombiana, en la actualidad el 65% va para el mercado de Estados Unidos, el 30% a Europa y el 5% restante a otros destinos. Hay mercados, pequeños todavía, pero en franca expansión, que se localizan en las áreas pobres del planeta. También allí, para decirlo con un término de la mercadotecnia, hay “nichos de mercado” que se intenta hacer crecer.

Centroamérica, por ejemplo, años atrás no consumía ni un gramo de cocaína, y hoy día es ya un mercado considerable. ¿Se volvieron “enfermos drogadictos” de buenas a primeras los jóvenes centroamericanos, o fueron víctimas de políticas planificadas? En esa región, dos décadas atrás prácticamente nadie tenía un teléfono celular, y en la actualidad las líneas móviles superan a las fijas. ¿De dónde salió esa explosión de consumo de teléfonos celulares? Fue inducida, obviamente. Fue impuesta por estrategias de comercialización. Otro tanto sucede con las drogas. El gramo de cocaína que en las calles de Nueva York puede venderse a 100 dólares, en los años 90 fue promocionado en América Central con precios de introducción de 10 dólares. ¿Se volvieron drogodependientes tantos jóvenes

centroamericanos simplemente por casualidad o hubo alguna decisión superior que allí contara?

Existen técnicas mercadológicas para fomentar el consumo de drogas ilegales no muy distintas de las que se utilizan con otros productos. Por ejemplo, se la introduce regalando las primeras dosis, buscando lograr la dependencia para, una vez obtenida, tener un cliente fijo que hará lo que sea para comprar su ración. Eso, en definitiva, es una forma de descuartizar una sociedad, dividirla, fragmentarla, manipularla. El consumo de narcóticos va indisolublemente ligado a actividades ilícitas, por la sencilla razón que el adicto termina robando o prostituyéndose para contar con dinero en efectivo con que comprar su dosis. En tanto es ilegal y caro, ese producto moviliza los peores recursos de cada quien. Muy distinta sería la situación si la mercadería droga fuera legal, y por tanto más barata. Pero no hay ningún interés en que eso suceda, más allá de las declaraciones formales. Por supuesto que todo esto es jugar con fuego: si una sociedad "necesita" mantenerse con circuitos como el de las drogas, o con la industria de la guerra, o acabando los propios recursos naturales, por supuesto que atenta contra sí misma. Pero eso es el capitalismo: no tiene salida.

El consumismo voraz que alienta el campo del narcotráfico destruye en todo sentido. Física y psicológicamente a quien consume; pero igualmente destruye las redes sociales proponiendo un "sálvese quien pueda" salvaje, primitivo, donde la vida pasa a girar en torno a tener o no tener la dosis diaria de droga. Como modelo cultural eso es de la mayor pobreza. Pero es así como los factores de poder que manejan el mundo –y también el negocio de las drogas– han optado por manipularnos. Con lo que vemos que la estrategia es particularmente maléfica. El consumismo siempre es dañino en términos éticos, pero con

la droga el agravante es que, además de esta pobreza en valores, está en juego también –y antes que nada– la vida misma.

La DEA tiene su actual política de “entregas controladas”. Es muy discutible eso, porque nunca se sabe con exactitud qué hace esta organización con la droga decomisada. Su mecánica consiste en publicitar una determinada cantidad como droga incautada no mayor al 10%, pero no queda claro qué hace con el resto. Por eso, justamente, se puede decir que quien realmente juega el papel de controlador del narcotráfico, de distribuidor, es la DEA, más allá de su supuesta misión de luchar contra el mismo. Y esto no es mera declaración: está demostrado con cifras concretas, por ejemplo, que en Venezuela luego de la partida del territorio nacional de la DEA por pedido explícito del gobierno, aumentaron los decomisos de drogas ilegales. De hecho, según el “Informe Mundial 2007” de la UNODC, es el tercer país en el mundo en términos de decomiso. Lo cual es altamente significativo. Ahora, sin la presencia de la DEA, se da una política antinarcóticos más efectiva. ¿Cómo es posible? ¿Qué nos está significando? Esto nos lleva nuevamente a ese perverso mecanismo que ha transformado el tema del narcotráfico en una llave para la dominación. El verdadero papel que juega la DEA en los países donde interviene es el espionaje. No actúa contra el tráfico ilegal de estupefacientes, de ninguna manera, más allá de una cubierta oficial donde cumplen con esa función, y por lo cual de tanto en tanto produce alguna incautación. Lo denunció claramente el Ministro del Poder Popular para Relaciones Interiores y Justicia de Venezuela, Pedro Carreño, el 2 de marzo del 2007: *“a través de esta organización salía del país una gran cantidad de alijos de drogas, por medio de la figura de entrega vigilada, y nunca se obtenía información en el país y por tanto determinamos que estábamos en presencia de un nuevo cartel de la droga”*.

Como se ha dicho en más de una oportunidad: el cartel más grande organizado e intocable del mundo es, justamente, la DEA. Son los narcotraficantes legales, provistos del doble discurso hipócrita que les permite condenar en unos lo que hacen a escondidas. Y provistos, además, de toda la fuerza que les confiere ser la potencia hegemónica unilateral sin límites a la vista, con absoluta disponibilidad de recursos, intocables.

Se juegan, entonces, dos modelos de cómo conducir la política exterior de un país: ceder toda la soberanía y permitir que entre esta organización para espiar y controlar desde dentro mismo, o plantarse con firmeza y quitarse de encima este mecanismo de control. Eso último es lo que ha hecho, hoy por hoy, la República Bolivariana de Venezuela, sacudiéndose de encima este caballo de Troya que es la DEA. Felizmente vemos que en estos momentos en Latinoamérica comienza a darse una ola de gobernantes nacionalistas que anteponen la propia soberanía nacional sobre la entrega abierta, tal como sucede en Colombia. Se juegan, entonces, dos modelos: o el apostar por un desarrollo propio, endógeno, pensando en el país como unidad, o la entrega total a los intereses del imperio, al que lisa y llanamente se acata sin chistar.

Es por eso que el tema del narcotráfico queda corto si lo vemos sólo como problema de salud pública desde la óptica del consumidor. Eso está, seguro que existe, y por supuesto debe ser tratado en su justa medida; pero ante todo hay que ver el problema en su globalidad como estrategia de penetración y control. Ese es el papel real que juega la DEA y toda la construcción mediática que se ha venido haciendo del narcotráfico.

Pregunta: suele presentarse la imagen de los narcotraficantes como los grandes acaudalados que manejan todo el negocio, como magnates con gran poder. ¿Qué hay realmente tras todo esto?

Respuesta: Junto a esas fortunas fabulosas que crea el narcotráfico va el problema de la deshumanización de la gente que se liga a este fenómeno. A través de la búsqueda de esas fortunas, que en realidad es para la gran mayoría de quienes están en este campo un objeto inalcanzable, a través de esa búsqueda casi imposible vemos los grados de deshumanización y degradación más grande que uno pueda imaginarse. En cierta forma podemos decir que el narcotráfico es la historia de las "vidas cortas". Todos los que se ligan a él saben que tienen vidas cortas por delante, sea la mula, el jíbaro, el sicario, el capo. Todas las cadenas de las mafias que están en el negocio son historias muy cortas, siempre con los días contados. Nadie envejece junto con este "oficio". El vendedor callejero al detal termina cayendo preso rápidamente, la mula hace unos cuantos viajes y se le termina su carrera. Todos los que están implicados en el negocio terminan mal muy rápidamente; esa es la cruda realidad, y no esa imagen un tanto estereotipada de los grandes traficantes ostentosos con sus cadenas de oro y joyas, viviendo en casas con grifería de oro y yacuzzis enchapados en oro, viajando en avionetas o carros blindados.

Esa es la visión que se suele transmitir cuando se habla del narcotráfico, una visión más bien peliculesca, con ribetes hollywoodenses; pero la realidad verdaderamente es otra. Es una historia sórdida de sufrimiento, de dolor, y siempre de muy corta duración. Por ejemplo, la mujer colombiana pobre, que no tiene ningún recurso y que termina prestando su vientre para transportar 90 dediles

de 10 gramos cada uno, es decir: casi un kilo de cocaína, para llevarlos a Estados Unidos por unos cuantos dólares. Esa mujer, que está siempre al borde de la muerte si se le revienta un dedil, o está al borde que la detengan y se le termina su carrera, tiene una vida corta y no hace ninguna gran fortuna. Y esa es la realidad de la gente que forma las filas del narcotráfico: gente pobre, sin salida, que se presta a cualquier cosa para "mágicamente" solucionar su vida. Pero que no la soluciona; que en poco tiempo, por el contrario, termina su vida, porque o la detienen, o porque muere por sus mismas condiciones de vida. Son vidas cortas, muy cortas.

Por otro lado, veamos la vida del sicario, la vida del joven al que preparan para matar y al que le prometen una gran cantidad de dinero para matar por encargo. Esa también es una vida corta. Muchas veces las mismas mafias terminan matándolos para no pagarle lo prometido. No hay futuro con esas soluciones pretendidamente mágicas. Son supuestas salidas, pero en realidad muy limitadas, que se acaban muy rápidamente, un año, dos quizá. En definitiva: más allá del espejismo, no son salidas, no son soluciones.

Y con el capo pasa otro tanto: son vidas siempre muy cortas, sus "reinados" no van más allá de los cinco años. O terminan presos o muertos, ya sea por las fuerzas de seguridad o por luchas internas con otros mafiosos por el reparto de sus zonas de influencia; pero siempre son historias muy cortas. En todos los niveles del narcotráfico pasa lo mismo: son historias efímeras, y es mentira que todos hacen fortuna.

Pregunta: ¿Hay soluciones reales al problema de consumo creciente de drogas que se registra hoy día en el mundo? ¿Cómo

encarar ese reto? ¿A qué o a quién se debería apuntar para cambiar la actual situación?

Respuesta: Si bien es cierto que el consumo de tóxicos depende de estructuras psicológicas, y ello no hace sino evidenciar las flaquezas humanas presentes siempre en todo modelo cultural, la explosión de consumo y la mercadotecnia que rodea la oferta de las drogas prohibidas en estas dos o tres últimas décadas no es sino una política calculada por factores de poder. Si se piensa en un trabajo serio de enfrentamiento del problema, no hay que apuntar a las mafias del narcotráfico como las causas últimas del problema. Ellos son, en definitiva, comerciantes, intermediarios; pero los verdaderos responsables del fenómeno no son ellos. Hay que ir más arriba aún: los que diseñan las políticas para el continente, o para el mundo. Y eso sale de Washington. Las mafias, sin con esto quitarles su cuota de responsabilidad, no son sino una pequeña parte de toda la cadena. Los mafiosos son unos comerciantes que hacen su trabajo y no pasan de ahí; ganan dinero, mucho dinero sin dudas, pero no tienen el poder de decisión sobre los términos macros del asunto. Ese es un mundo sórdido que está enfrascado sólo en la obtención del dinero del día a día a través de una práctica delictiva, pero no decide más allá de eso. Las mafias no son las que idearon la política, ni quienes la conducen. Por supuesto que funcionan con autonomía, pero eso es parte de las reglas del juego de todo el andamiaje que se montó. El que decide, finalmente, no es el capo de alguno de estos carteles latinoamericanos.

Quienes hacen la gran fortuna, en definitiva, son los banqueros. Ellos siguen siendo los reputados dueños y señores legales del asunto, en tanto que los mafiosos, aunque manejen fuertes sumas de dinero, no tienen prestigio social. Se fabricó un mito en torno a ellos, y por

supuesto que para los sectores humildes, muchas veces marginales de donde provienen sus cuadros, el hecho de pasar a manejar esas cantidades de efectivo significa un enorme cambio cualitativo. Pero no son ellos, eternos delincuentes siempre al borde de la muerte, quienes manejan las políticas mundiales de dominación que, sin que lo sepan y sin habérselo propuesto, los ha puesto en esta situación de "nuevos ricos" opulentos presentados como "los dueños del circo". El circo no lo manejan las mafias, definitivamente.

Incluso esos grupos mafiosos gozan de buena reputación entre los sectores más excluidos, históricamente más marginados. En las barriadas populares más paupérrimas, de donde salen los personajes que engrosan las redes del narcotráfico en sus distintos segmentos, no son considerados delincuentes que atentan contra la sociedad. Todo lo contrario: son altamente valorados, envidiados en muchos casos. Un capo de cualquier cartel juega el papel de un moderno Robin Hood. Los sectores más postergados así los ven. Esos capos, en sustancia, son gente que viene de los sectores más marginales y saben lo que es la miseria, el hambre, la exclusión, porque de esa situación han salido. Cuando detentan las efímeras fortunas que les provee el negocio del narcotráfico, en mayor o menor medida devuelven a sus sectores de origen parte de ese recién obtenido botín. De ahí que los capos son reverenciados en sus propios sectores. Es curioso, y altamente elocuente además, que en general los grandes capos continúan viviendo –o si no viviendo continúan siempre– muy ligados a las barriadas pobres de donde surgieron. Como benefactores que se sienten, a su modo ayudan a sus poblaciones de origen. De un modo paternalista, pero ganándose con ello el respeto y la simpatía de quienes siguen en su crónica situación de marginados. Como vemos, siempre hay en torno al tema del enriquecimiento súbito esta fantasía de lo "mágico". Y a toda la

población le entusiasma esa posibilidad mágica de resolver sus problemas. Claro está que son muy pocos los que logran amasar fortunas por medio de este negocio; y por supuesto que a un costo muy alto: no dejan de ser marginales en términos sociales, y siempre exponiendo su vida, porque el destino de todo capo es, finalmente, la cárcel y la muerte. Sus reinados son siempre efímeros, pasajeros, muy cortos. En todos los países latinoamericanos se repite ese patrón: su bonanza no va más allá de los cinco a diez años. Después: cárcel o muerte. Y aunque sigan manejando los negocios desde la prisión, su estatus social es la de preso y no la de banquero. Eso hace una sustancial diferencia, más allá que muchos banqueros son tan delincuentes como el peor capo mafioso.

El modelo cultural que se desprende del relativo éxito social de los capos mafiosos es insostenible en términos de patrón válido para el desarrollo. Esperar obtener estos golpes de suerte mágicos que permiten de buenas a primeras resolver la vida no es sino mantener una ilusión. Una sociedad no puede construirse en base a eso. Y mucho menos, edificarse sobre donaciones paternalistas de estos Robin Hood. De todos modos, producto de las manipulaciones mediáticas y aprovechando el caldo de cultivo de la miseria y la desesperanza más profundas de amplios sectores sin mayores expectativas, se ha generado una cultura de adoración del narcotráfico donde se los valora, se los aprecia, y donde se vive esperando esos golpes mágicos. Pero es evidente que no se puede construir una sociedad sobre estos pies de barro, sobre estas ilusiones, aunque algún narcocorrido alabe el modelo.

Quizá lo más preocupante ante todo esto es cómo el Estado colombiano no adopta medidas reales para frenar esas políticas tejidas desde el imperio y para destruir esa cultura que se ha entronizado en el

país. Por el contrario, se ha generado una bomba de tiempo que nadie quiere desactivar desde las estructuras de gobierno, porque en mayor o menor medida muchos se benefician de la situación. Aunque debe quedar claro que el costo de todo eso es terrible: la sociedad colombiana se está desangrando.

Otros países de la región, como Venezuela y Bolivia, están teniendo posiciones más firmes contra el imperio, han puesto límites. Y eso es lo que los pueblos necesitan: detener estas políticas de penetración cada vez más irreverentes del gobierno estadounidense. Bolivia produce coca desde tiempos inmemoriales, y no por eso es un país de narcos –aunque así lo quisiera presentar Washington–. Es decir: si hay voluntad política para enfrentar estas cosas, se enfrentan. En Colombia hay una oligarquía y un gobierno central complacientes con el gobierno de Estados Unidos, por eso surgió y pudo expandirse este negocio del narcotráfico. Y hay también una nueva oligarquía emergente, ligada a este negocio, que creció en forma fabulosa en estos años, por lo que no ven todo esto como problema, sino que, por el contrario, hacen lo imposible para que así continúe la situación. Y la DEA, en vez de servir para detener el asunto, sirve para expandirlo más aún, siendo una plataforma para desarrollar la guerra contrainsurgente contra los grupos armados que actúan en el país. Ese es el trágico panorama real.

El mundo debe reaccionar ante esta brutalidad que está sucediendo en Colombia. El campesinado colombiano está siendo utilizado, masacrado, y todo de una manera artera, vil, condenándolo a una guerra civil que no tiene solución en los actuales términos. Con otras características puede decirse que en Colombia está teniendo lugar una invasión no muy distinta a la de Irak en cuanto a sus resultados

finales. En Colombia se da un continuo asesinato, quizá peor que en Irak: además de la muerte física continua de cantidades de seres humanos –es uno de los países más inseguros y violentos del mundo– se intenta matar culturalmente al país. La cultura del narcotráfico no es sino muerte. Y lo que pasa en Colombia es muestra de cómo el poder imperial maneja el mundo.

A modo de conclusión: ¿qué hacer?

El mundo de las drogas ilegales, en tanto gran negocio a escala planetaria, pero más aún: como mecanismo de control social, es algo manejado por los mismos actores que deciden las políticas globales, las deudas externas de los países y fijan las guerras. Dicho claramente: el mundo de las drogas ilegales es un instrumento implementado – secretamente– por los grandes poderes, y más exactamente, por la Casa Blanca, por el gobierno de la principal potencia del orbe: Estados Unidos de América, en función de seguir manteniendo su hegemonía.

Sabiendo que no es simplemente un problema de salud pública o una cuestión criminal de orden policial, sabiendo que las dimensiones del asunto son gigantescas, con implicancias militares a nivel planetario incluso, ¿qué podemos hacer los ciudadanos de a pie para enfrentar todo eso, nosotros, los pueblos que seguimos padeciendo la explotación y la exclusión social?

Hay que empezar por crear conciencia, por desmontar la mentira en juego, por denunciar de manera pública el mecanismo que allí se realiza.

Está claro que el problema afecta a todos los ciudadanos comunes, tanto los del Norte como los del Sur. En los países capitalistas desarrollados el problema es la cultura de consumo establecida, consumo universal de cuanta mercadería se ofrezca y que incluye, entre otras, las drogas. En el Sur, donde no es tanto la calidad de vida lo que

está en juego, sino su posibilidad misma, el problema tiene otras connotaciones: es una buena excusa que sirve para la intervención directa, política y militar. En ambas perspectivas, no obstante, se trata de lo mismo: mecanismos de dominación político-cultural con los que el poder se asegura el manejo de las poblaciones y los recursos. En ambos casos, también, para el campo popular se trata de lo mismo: ¿qué hacer?, ¿cómo enfrentar este monstruo que se ha ido creando y que se presenta como de tan difícil desarticulación?

La legalización es una clave fundamental para empezar a cambiar todo esto; si se saca a las drogas de su lugar de prohibido, seguramente va a descender en muy buena medida el consumo y se va a terminar, o se va a reducir ostensiblemente, mucho de la delincuencia y la violencia que acompañan al fenómeno. Pero la legalización no es la solución final.

A partir de la misma condición humana, finita, siempre necesitada de válvulas de escape ante la crudeza de la vida, para lo que apareció el uso de evasivos –práctica que se repite en todas las culturas–, a lo cual se suma la monumental inducción artificial a un consumo siempre creciente, es muy difícil predecir si en un futuro inmediato podremos prescindir absolutamente de las drogas. Pero el hecho de quitarles su estigma diabólico, despenalizarlas, eso ya constituiría un paso adelante en el manejo del tema. De todos modos, dado que en la actual situación estamos ante una red tan fuertemente tejida, con intereses tan extendidos, quizá resulte prácticamente imposible, dentro de los marcos sociales donde la misma surgió, poder terminarla en totalidad.

Los planteamientos policíaco-militares en relación al narcotráfico no son una verdadera respuesta ante el problema. De hecho las políticas antinarcóticas que se despliegan por todo el planeta, alentadas por

Washington como parte de su estrategia de dominación global, ponen siempre, y cada vez más insistentemente, todo su acento en la represión. Se reprimen, eso sí, los dos puntos más débiles de la cadena, los que menos incidencia tienen en todo el fenómeno: el productor de la materia prima (campesinos pobres de las montañas más recónditas) y el consumidor final. De esa forma no hay posibilidad alguna de terminar con el círculo. Eso, en todo caso, marca que no hay la más mínima intención de afrontar el problema en forma seria. Muy por el contrario, reafirma que es un "problema" artificial, provocado, manejado desde una óptica de control político-militar planetaria. La angustia humana que lleva a consumir los diversos consuelos químicos de que disponemos no es artificial; lo es el manejo político que se viene haciendo de él desde hace unas tres décadas, con fines de dominación.

A esto se suma el manejo hipócrita que se hace del tema, pues mientras por un lado la estrategia de hegemonía global de Washington levanta la voz contra el flagelo del narcotráfico, al mismo tiempo su principal instancia presuntamente encargada de combatirlo, la DEA, funciona de hecho como el más grande cartel del trasiego de sustancias ilícitas en el mundo. Doble discurso inmoral con el que es imposible afrontar con seriedad el asunto y que ratifica, en definitiva, que no hay interés en terminar con el mismo.

En Cuba hay algo emblemático: el caso del general Arnoldo Ochoa, héroe de la guerra de Angola, y otros tres oficiales del Ejército. Cuando se descubrió que participaban en una red de narcotráfico, se les fusiló. Eso fue realmente una respuesta fuerte del Estado a este problema social, con un alto contenido político e ideológico. Y de hecho Cuba, más allá de la sucia campaña mediática internacional con la que quiere involucrársela en el negocio de las drogas ilegales, no tiene problemas

de narcotráfico. ¿Se tratará de fusilar unos cuantos mafiosos para terminar con el problema? No, sin dudas que no; los entramados en torno al poder mundial que hoy día se construyeron con este mecanismo son infinitamente complejos. En definitiva, el consumo inducido de drogas es parte medular del mantenimiento del sistema capitalista, tanto como lo es la guerra. Atacar el narcotráfico, por tanto, es dar en el corazón mismo del poder. Por eso en un país socialista se puede fusilar a narcotraficantes considerándolos delincuentes peligrosos mientras que la DEA, la agencia pretendidamente dedicada a la lucha contra los narcóticos, termina funcionando como el principal grupo mafioso de narcotráfico. Está claro que el proyecto del capitalismo no es terminar con el negocio; al contrario: lo necesita. Para muestra, lo sucedido en la República Bolivariana de Venezuela, donde luego de la salida de la DEA por expreso pedido de las autoridades del país, los decomisos de estupefacientes subieron significativamente.

Dicho de otra manera: el sistema capitalista se apoya cada vez más en pilares insostenibles. Si la guerra, el consumo de narcóticos o un modelo de consumo voraz que está provocando una catástrofe medioambiental sin salida, si esas formaciones culturales son las vías sobre las que transita, eso marca que, como sistema, no tiene salida. Si la muerte y la destrucción son su alimento imprescindible, definitivamente no sirve al desarrollo de la humanidad. Por el contrario, es el camino que conduce a su destrucción.

En un sentido es casi imposible, al menos hoy, pensar en un sujeto que a través de la historia no haya necesitado este soporte artificial de las drogas. De hecho, hasta donde podemos reconstruir, nuestra historia como especie, nuestra misma condición de finitud nos confronta con esa angustia de base que nos lleva a buscar apoyos en

determinadas sustancias químicas. Son nuestras "prótesis" culturales, que hablan, en definitiva, de nuestras flaquezas originarias. Es difícil, cuando no imposible, hablar de "la" condición humana, una condición única, ahistórica; con modestia podemos hablar de la condición de ser humano que conocemos hoy. El sujeto de referencia, aquél del que podemos hablar en este momento, es una expresión en pequeño de la dimensión socio-cultural general que lo moldea; por tanto es una expresión de finitud girando en torno a valores egocéntricos y donde la lucha en torno al poder juega un papel central. Esa es, al menos, nuestra realidad constatable hoy; si la edificación de una nueva cultura basada en otros principios da lugar a un nuevo modelo de sujeto, a nuevas relaciones sociales, y por tanto a una nueva ética, está por verse. En todo caso, hay ahí un desafío abierto. Con mayor o menor éxito, el socialismo lo ha intentado construir en estas primeras experiencias del siglo pasado. Si aún no se logró, ello no habla de la imposibilidad del proyecto. Habla, en todo caso, de su dificultad, de la lentitud en cambiar modelos ancestrales. ¿Quién dijo que cambiar la ideología patriarcal, machista, xenófoba y egocéntrica que conocemos en todas las culturales actuales es tarea fácil? La duda, en todo caso, es ver si ello será posible cambiar. La apuesta nos dice que sí. ¿O estaremos condenados a sociedades centradas en la división de clases y en el triunfo de los "mejores"? ¿O habrá que aceptar un darwinismo social originario?

Siendo crudamente realistas, nuestra situación en este momento es que estamos en el medio de un mundo manejado criminalmente por unos pocos grandes poderes basados en enormes capitales privados y con un espíritu militarista furioso; y son esos factores de poder los que han puesto en marcha la estrategia del consumo de drogas ilegales

como parte de su política hegemónica. Una vez más, entonces, la pregunta inicial: ¿qué hacemos ante este estado de cosas?

Llamar casi ingenuamente al no consumo de drogas sabemos que no alcanza. En todo caso, con bastante más modestia –o visos de realidad–, se podrían pensar estrategias para minimizar el consumo. ¿O podremos terminar algún día con la angustia de base que genera estas huidas a paraísos perdidos? De momento, nadie en su sano juicio podría concebir un mundo donde los evasivos no fueran necesarios; pero lo que sí podemos intentar es generar una nueva sociedad donde ningún grupo aliente las conductas de las grandes mayorías imponiéndole tendencias, obligándolas a consumir en función de proyectos basados en el beneficio de unos pocos.

Los gobiernos revolucionarios, o con proyectos alternativos al neoliberalismo salvaje de estos últimos años, están proponiendo nuevos caminos. No se trata de seguir los dictados del imperio, hacer buena letra para no ser descertificado y apoyar la estrategia de represión que se ha puesto en marcha. Reprimiendo al usuario o al campesino productor de las materias primas, no se termina con el problema de las drogas ilegales. Para atacar el consumo con alguna posibilidad cierta de impactar positivamente hay que implementar políticas que vayan más allá de la represión policíaco-militar; hay que poner énfasis en la prevención en su sentido más amplio.

Pero terminar con el narcotráfico tal como hoy lo conocemos implica, por fuerza, luchar en términos políticos por otras relaciones sociales. Se trata, inexorablemente, de una nueva sociedad: nuevas relaciones de clases, nuevas relaciones entre países. Es decir: un mundo nuevo, una nueva ética, un nuevo sujeto. Sin ese marco no es posible

considerar seriamente el narcotráfico, sabiendo que él es, en definitiva, un instrumento más de dominación de la clase capitalista global liderada por el aparato gubernamental de Washington.

Sólo la construcción de una sociedad nueva que supere las injusticias de lo que ya conocemos en el ámbito de la iniciativa privada basada en el lucro y que recupere críticamente lo mejor que hayan producido las primeras experiencias socialistas del siglo pasado, sólo así podremos pensar de verdad en terminar con el altísimo consumo inducido y el tráfico de sustancias psicoactivas como gran problema de salud a escala planetaria. Sólo una sociedad nueva a la que llamaremos socialista, quitándonos de encima el miedo y la esclerosis que nos produjeron las pasadas décadas de neoliberalismo feroz, sólo una sociedad con esas características, centrada en la equidad, en la búsqueda de justicia por igual para todas y todos, sólo eso será lo que podrá desarmar esa estrategia de muerte que hoy, al igual que el siempre mal definido "terrorismo", ha implementado el imperialismo para seguir manteniendo sus privilegios disfrazando el control social con el noble fin de un combate contra un problema real. El peor enemigo de la sociedad, en definitiva, no son las mafias delincuenciales que trafican con drogas ilegales; el enemigo sigue siendo el sistema injusto que usa esa barbarie para beneficio de unos pocos privilegiados.

Nadie asegura que los seres humanos, por nuestra misma condición de finitud, no sigamos apelando por siempre a estos apoyos externos, estos evasivos que constituyen las drogas. Pero sí podemos –y debemos– buscar modelos de sociedades más justos donde ningún poder hegemónico decida maquiavélicamente la vida de la humanidad, tal como sucede hoy día con el capitalismo desarrollado. Una sociedad que no ofrece salidas, que se centra cada vez más en los "negocio de la

muerte” como son la guerra, la catástrofe ecológica provocada, el consumo imparable de drogas, la apología de la violencia, no es sino una barbarie, es la negación de la civilización. Los “incivilizados” no son los pueblos que aún están en el neolítico y con taparrabos, tendenciosa imagen holywoodense que ya se nos internalizó. La barbarie está en la sociedad capitalista que no ofrece salida a la marcha de la humanidad, que tiene como sus dos principales quehaceres la guerra y las drogas, primer y segundo rubros comerciales del mundo.

En ese sentido, entonces, hacemos nuestras las palabras de Rosa Luxemburgo para mostrar que sin cambio social no es posible terminar con esta cultura de muerte llamada capitalismo que nos envuelve día a día, destruyendo valores morales y el propio medio ambiente. Es decir: *“socialismo o barbarie”*.

Entrevistas

Las cuatro entrevistas que presentamos a continuación son imaginarias. Los personajes que aparecen no existen, pero hay una diferencia entre las tres primeras y la última.

En todos los casos los datos que transmiten los personajes son absolutamente válidos, ciertos, constatables. Son, en los cuatro ejemplos presentados, una síntesis que ponemos en boca de ellos luego de un paciente trabajo de investigación. Lo que dicen no es una ficción: es una cruda verdad. Lo que sí son ficciones son los personajes propiamente dichos. Lo cual no invalida lo transmitido por cada uno de ellos en cada caso a través de estas entrevistas "inventadas".

En cuanto a las entrevistas propiamente dichas, las tres primeras (un campesino productor de hoja de coca en Colombia, un joven toxicómano de Nueva York en proceso de recuperación y un capo mafioso mexicano dirigente de un cartel del narcotráfico) se trata de un perfil-tipo extraído como síntesis de lo que son los personajes en cuestión, elaborado a través del intercambio con numerosos casos reales con los que efectivamente se tomó contacto. Ninguno de los personajes presentados existe realmente, pero sus declaraciones son la expresión de todo lo que recogimos en esos abordajes cara a cara que tuvimos ya sea con campesinos cocaleros, con drogadictos y con narcotraficantes y personas ligadas al negocio: vendedores callejeros, matones a sueldo, distribuidores. La ficción radica en la forma misma en

que se da a conocer la síntesis final de todas esas entrevistas; es, permítasenos decirlo así, una ficción periodístico-literaria.

El cuarto personaje (un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América) tampoco existe, y nunca fue posible entrevistar a algún operador político de Washington comprometido en esta estrategia de dominación. Pero de todos modos, el personaje en cuestión aquí presentado, si bien no es producto de ningún contacto directo micrófono en mano, surge como realidad ficcional de lo que podría ser algún diseñador de la política externa imperial, algún miembro de los así llamados *think tanks*, los tanques pensantes. Es decir: un ideólogo. Y aunque no tuvo lugar en la realidad, la entrevista imaginaria –llamémosla ficción teórica– es una muestra de cómo piensa el poder, de cómo elucubra sus planes y se mueve la Casa Blanca.

1) Un campesino cocalero

C., 38 años, líder campesino del departamento de Putumayo. Nacido, criado y crecido en esas zonas montañosas del sur de Colombia, toda su vida la pasó en relación a la tierra. Trabajó sembrando desde muy pequeño. Autodidacta, no terminó la escuela primaria. Actualmente tiene 6 hijos, los cuales quieren marcharse de esa región para instalarse en Santafé de Bogotá, o salir del país. Él aún no se decide a hacerlo, pero también lo ha pensado.

Pregunta: ¿Usted se dedica a plantar matas de coca, verdad? ¿Por qué?

Respuesta de C.: Les soy sincero: es un problema bien complicado. Muchas veces nos llaman narcoterroristas, pero no es así. Nosotros no somos ningunos delincuentes, somos campesinos, simplemente eso. Si plantamos coca es porque nos resulta más o menos más favorable. Y digo "más o menos" porque, en realidad, para nosotros, tampoco es tan grande el negocio. Pagan de contado y mejor que si fuera maíz, o yuca, o papa. Y vienen a sacar la producción directamente hasta nuestros terrenos, no tenemos que llevarla nosotros. Pero no sé si verdaderamente se justifica esa ganancia que tenemos con todas las penurias que pasamos.

Pregunta: ¿Podría explicarnos más detalladamente esto? ¿Por qué se dedican a la coca si eso es ilegal? ¿Qué beneficios les trae?

Respuesta de C.: Como les decía, llegamos a la coca casi a la fuerza. Nosotros somos campesinos; en mi caso soy mestizo, no soy indígena puro. Pero estamos todos ligados de la misma forma a la Madre Tierra, indígenas y mestizos. Somos todos pueblos con muchos años, somos dueños de una larga memoria histórica, de sabiduría y sentido de pertenencia que nos confió la Madre Tierra desde su origen mismo. No somos seres independientes de las energías naturales; somos complemento y parte integral de las normas de la naturaleza. Somos hijos legítimos de la tierra, por esta razón ningún blanco o gringo debe venir a pisotear la dignidad de nuestra Madre Tierra sin el consentimiento de su semilla ni a pisotearnos a nosotros, los campesinos que la trabajamos. Pero esto, que debería ser así, lamentablemente no se cumple siempre al pie de la letra. ¡Al contrario! Desde hace ya varios siglos nos han jodido. Yo nací ya en estas tierras; varias generaciones atrás vinieron mis antepasados a plantar caucho. Ellos no eran del Putumayo; vinieron aquí desde otros departamentos. Y aquí se quedaron. Siempre fuimos pobres. El campesino y el indígena estamos condenados a sobrevivir como podemos, sin apoyo de los gobiernos, sin caminos para sacar nuestra producción, sin créditos ni asistencia técnica. Miren: yo apenas leo y escribo. Y mis hijos también apenas si aprendieron a leer y escribir. Y lo peor de todo: pareciera que estamos condenados a ver cómo el terrateniente o las petroleras nos aplastan. Tradicionalmente teníamos nuestra agricultura y vivíamos tranquilos con nuestros productos, nuestros plátanos, nuestra yuca, nuestro arroz. Pero desde que descubrieron que en esta zona había petróleo, ahí todo se complicó. Con eso desconocen las relaciones fraternas de las comunidades con nuestra Madre Tierra y nuestras tradiciones y costumbres con las que siempre hemos sabido proteger la vida y el territorio. Después nos empezaron a poner los precios que ellos quieren para nuestros productos, y nos compran cuando ellos quieren,

con lo que se arruinó nuestra situación. Por eso, cuando apareció lo de la coca, eso fue nuestra salvación. O, al menos, eso creímos – equivocadamente, según después nos dimos cuenta–. La pagan mejor que los cultivos tradicionales, claro. Pero imiren la situación a la que nos llevó! Casi nos tienen como esclavos. Nosotros ni conocíamos la mata de coca; eso lo trajeron hace como 30 años. Aquí, nuestros antepasados nunca habían cultivado esta planta. Eso viene de Bolivia o de Perú. Aquí no tenemos costumbre de la coca, y ya ni se diga de la cocaína. Yo en mi vida había visto eso. La mata de coca la trajeron porque aquí les sale más barato. Casi le diría que nos obligaron a meternos en esto. Y ahora nos dicen que somos unos delincuentes. Y encima nos persiguen, y nos fumigan. ¿Ustedes saben lo que es eso de las fumigaciones, no? Eso es veneno puro. Nosotros no somos delincuentes, para nada. No somos narcotraficantes. ¡Ni conocemos la droga!

Pregunta: ¿Y por qué no abandonan esos cultivos si les trae aparejados tantos problemas?

Respuesta de C.: ¡Si es lo que nosotros queremos, compadre! Nosotros querríamos que no nos persigan como a delincuentes, que no nos sigan envenenando con el glifosato, el producto ese que tantas desgracias nos ha traído. ¿Se acuerdan ustedes de las marchas de 1996? Ahí, como movimiento de campesinos cocaleros, nos movilizamos miles de nosotros para exigir que atiendan nuestras demandas. Nosotros no somos ni narcotraficantes ni guerrilleros, no somos ni queremos que nos sigan llamando ilegales y tratando como a perros. Miren, si las drogas son ilegales, nosotros no tenemos nada que ver con eso. Y si es cierto que mueven tanto dinero, a nosotros no nos llega nada de eso. En todo caso se lo quedarán las mafias de Medellín y de Cali, o los gringos. A nosotros nos llegan las penurias, solamente. Si alguien tiene que

arreglar nuestro problema como campesinos y como indígenas dueños ancestrales de estas montañas, somos nosotros. ¡Y a nuestro modo!, por supuesto, buscando nuestro beneficio y el beneficio del país. Pero no podemos solucionar nada si lo primero –y lo único– que hace el gobierno es tratarnos como criminales, perseguirnos, reprimirnos.

Pregunta: En este circuito de las drogas ilícitas pareciera que la cadena se corta por el eslabón más fino, que está dado justamente por los productores de la materia prima, ustedes, los campesinos cocaleros. ¿Piensa usted que debería dárseles otro trato entonces?

Respuesta de C.: ¡Por supuesto! Nosotros pedimos respeto. Eso fue lo que se acordó en los pactos de 1996 después de las movilizaciones, pero eso el gobierno nunca lo cumplió. No sólo que no lo cumplió, sino que con el Plan Colombia la cosa se puso cada vez peor para nosotros. Además de la explotación indiscriminada de nuestros recursos naturales como agua, oxígeno, fauna y flora y la terrible contaminación por parte de las petroleras que están en la zona, sufrimos diariamente la violación de nuestros derechos humanos como indígenas y campesinos por el desplazamiento forzado, el señalamiento continuo que se nos hace, el confinamiento, los asesinatos selectivos, las detenciones masivas, los atentados terroristas que sufrimos, las tomas a pueblos, las muertes por fuego cruzado en el enfrentamiento entre guerrilla y ejército, las masacres a nuestras comunidades, el maltrato psicológico que nos hacen, el abuso de autoridad, las desapariciones forzadas que padecemos, la destrucción de bienes de población civil, el bloqueo de provisiones, retenes ilegales, prohibición de circulación, estigmatización de la zona y de todos nuestros pueblos cocaleros como delincuentes, amenaza a nuestros líderes, prohibición de reuniones, irrespeto a los

derechos a la vida, la libertad, la movilidad. ¿Se dan cuenta? Y ni hablar del atentado terrorista de la fumigación que está contribuyendo al exterminio de la biodiversidad y de nuestros pueblos indígenas y campesinos. Además estamos sufriendo el despojo forzado de nuestras tierras y nuestro territorio tradicional. En nuestras áreas geográficas, en toda la región cocalera, por parte del Estado hay nula inversión social en los temas de educación, salud, vías de comunicación, infraestructura, vivienda, saneamiento básico y titulación de tierras. Y ya ni se diga lo que es la guerra que nos está acabando: con la presencia de militares, paramilitares y mercenarios gringos en la región del Putumayo se está violando todo sentido de soberanía y de dignidad, ya no sólo de los putumayenses, sino de todo el pueblo colombiano. Además, y esto creo que es quizá lo más importante, con estos planes de militarización los gringos quieren apropiarse finalmente de todos nuestros recursos, de la selva, del petróleo, del agua dulce. Y el gobierno central lo permite. En realidad yo creo que ellos no están persiguiendo a los verdaderos responsables del tráfico de las drogas prohibidas. Porque como ustedes deben saber, el consumo en Estados Unidos –y en Europa es lo mismo– nunca baja. Al contrario: cada vez demandan más droga, y más droga. Y nosotros terminamos cultivando la materia prima, pero por unos cuantos dólares que nos llegan, quedamos en una situación de miseria. Perdónenme la expresión, pero realmente quedamos hechos mierda. Con las benditas fumigaciones lo único que logran es ir haciendo desplazar más y más campesinos. ¿Será que, al final, quieren quedarse con nuestras tierras? Yo creo que esa es la estrategia: al final de todo, con el invento de la lucha contra el narcotráfico, lo que los gringos van a lograr es quedarse con el Amazonas completito. Y con nuestro petróleo. Y el gobierno lo permite.

Pregunta: ¿Y qué alternativas válidas tienen ustedes como movimiento de campesinos cocaleros?

Respuesta de C.: Nosotros no pedimos nada fuera de lugar. Como no nos sentimos delincuentes, porque no lo somos, ipor supuesto que no lo somos!, no sentimos que estemos haciendo nada mal. Y tampoco queremos mendigar nada. Nosotros tenemos derechos, como campesinos, como indígenas, como ciudadanos: si hay mafias por ahí que hacen fortunas, nosotros no tenemos nada que ver con eso. Y tampoco somos guerrilleros, pese a lo que dice el gobierno. Lo que queremos es que se nos permita trabajar nuestra Madre Tierra, tener nuestro desarrollo, no ser considerados criminales. Un desarrollo sostenible, como se dice ahora; un desarrollo que nos permita vivir dignamente tal como han hecho nuestros antepasados, que también trabajaron la tierra, y con un Estado que nos proteja. Un desarrollo que sea útil para todos, que no arruine nuestro medio ambiente ni sirva para arruinarle la vida a los jóvenes que consumen estos venenos allá en el Norte. Nosotros no tenemos nada contra los gringos, contra los ciudadanos comunes y corrientes que viven allá, o en Europa, y que ganan cien veces más que nosotros. Ellos tampoco tienen la culpa de toda la droga que consumen, porque en realidad, se la hacen consumir. Y digámoslo claramente: no son las mafias colombianas, o mexicanas, las que los obligan a que se harten todo ese veneno. Son los mismos gobernantes gringos los que impusieron esa moda, como una estrategia para neutralizar, para mantener en vereda a los jóvenes. Aunque no lo dicen así, por supuesto. Esa es una mercadería más que les metieron, así como los obligan a consumir de todo, aunque no lo necesiten. Yo no termino de entender por qué tienen que usar tantos y tantos carros, por ejemplo, si sus ciudades ya están atestadas de vehículos. Ya nadie camina allá; para ir a la esquina usan el carro, para todo sólo usan esas

cosas. Y nosotros, aquí en las montañas de Latinoamérica, en las selvas, pagamos las consecuencias. Por cada carro que circula en una ciudad gringa, por cada litro de gasolina que se consume –contaminando todo el planeta, dicho sea de paso– perdemos un pedazo de nuestros bosques. Y también de nuestra soberanía. Eso de vivir para consumir, sólo para consumir, me parece ridículo. Cuando digo que buscamos otro desarrollo, no me refiero a éste tipo de desarrollo, por supuesto. ¿Es acaso desarrollo tener que destruir los recursos naturales para ganar dinero? No, eso no es desarrollo. Y lo mismo vale para la droga: ¿puede ser sana una sociedad que usa drogas y se envenena a sí misma haciéndole pagar las consecuencias de eso al pobre campesino o al pobre indígena que produce la materia prima a miles de kilómetros? Nosotros no queremos que haya drogadictos enfermos, gente que se vuelve loca por oler un poquito de cocaína, o por fumar un cigarrito de marihuana. Nosotros queremos un mundo sano, con gente sana. Pero la situación nos llevó a producir esas matas. Y ahora nos quieren hacer pagar a nosotros las consecuencias. Lo único que pedimos, como agricultores, es que se nos respete como seres humanos.

2) Un toxicómano

J., 20 años, oriundo de Nueva York, Estados Unidos, es un caso típico de drogodependencia. Hijo de un hogar tipo de clase media neoyorkina, comenzó su carrera de consumidor de drogas ilícitas de adolescente. Cuando tomó consciencia de la situación, ya era un adicto crónico. Ahora está en proceso de recuperación internado en una comunidad terapéutica.

Pregunta: ¿Cómo empezaste a consumir drogas?

Respuesta de J.: De jovencito, como a los quince años.

Pregunta: ¿Cómo fue que llegaste a eso?

Respuesta de J.: Ya ni me acuerdo bien. Como todos, empecé para probar. Algún amigo me convidó con marihuana. Yo quise ver cómo era eso, y ahí probé por primera vez. Me gustó, y después busqué cosas más fuertes. Conocí entonces la cocaína, y ya me quedé enganchado.

Pregunta: ¿Había mucha droga en el ambiente en que te movías?

Respuesta de J.: Sí, bastante. Cualquiera podía conseguir un poco de marihuana con facilidad, o pastillas. En cualquier lado había. A mí, al principio, todo eso me daba un poco de miedo; pero después se me fue haciendo muy natural y ya sabía dónde conseguir sin problemas. Yo usaba coca, y también era fácil conseguirla. Creo que es más fácil conseguir cocaína, o incluso heroína, que yo nunca quise usar, que un

refresco. A veces, cuando ya conocía a algunos distribuidores, hasta a mi casa vinieron a dejármela.

Pregunta: ¿Y dónde se consigue la droga?

Respuesta de J.: Eso es lo más fácil del mundo. Según me cuentan, tiempo atrás era más difícil, porque había más control de la policía. Pero ahora, aunque sigue habiendo controles, por supuesto, uno consigue donde quiera. Te la ofrecen en la escuela, en las discotecas, en la calle, por internet. Un amigo mío, que murió de sobredosis, me contaba que se la vendían en una iglesia, en Manhattan.

Pregunta: ¿Nunca tuviste problemas con la policía?

Respuesta de J.: Sí, claro. Pero no porque me descubrieran comprando. Los problemas los empecé a tener cuando comencé a robar, porque ya no tenía dinero para las dosis. La primera vez que me agarraron fue porque me robé un radio de un carro. De esa me salvé, ya ni me acuerdo cómo. Creo que porque era menor, tuve libertad condicional por un tiempo. Y luego, ya mayor de edad, me volvieron agarrar. Pero de nuevo fue porque me había metido a robar en una casa. El problema me lo hicieron por eso, no por la droga.

Pregunta: Es decir, ¿cada vez fuiste necesitando más dinero para comprar la mercadería?

Respuesta de J.: Exacto. Al principio era fácil, porque con la mesada que me daban en casa, con eso me alcanzaba. Primero compraba un poco de marihuana. Fumaba algo, no mucho. Pero luego me fue gustando cada vez más. Aunque... no sé si la palabra correcta sería

“gustando”. Es rico, claro; pero es más que eso. Creo que son varias cosas: andar volando es sabroso, pero además está toda la cuestión de hacer algo prohibido. Eso, tener que ir a comprar a escondidas, consumir a escondidas, todo eso me gustaba, me excitaba. Después, cada vez se me hacía más necesaria. La mesada ya no alcanzaba para comprar, por lo que empecé a vender algunas cosas. Creo que todos los adictos hacemos igual: al principio se venden cosas personales, discos, ropa, una raqueta de tenis, lo que sea... Cuando eso ya no alcanza, se empiezan a vender cosas de la casa, un televisor, un reloj. Mis padres al principio no se daban cuenta; después empezaron a reclamarme. Fue ahí cuando busqué robar en la calle lo que me hacía falta para la dosis. En ese momento, aunque quería dejar de consumir, ya no podía. La droga es más fuerte que uno, te atrapa.

Pregunta: ¿Te dabas cuenta en los problemas que te ibas metiendo cuando consumías?

Respuesta de J.: Sí y no. Por un lado sabía que consumir drogas es malo. Eso te lo dicen siempre por ahí, me lo decían mis padres, lo decían en la escuela, en la televisión. Pero al mismo tiempo es algo divertido, algo que te atrae, excitante. Sé que todo lo prohibido por algo está prohibido, ¿no? Pero aunque sea peligroso, eso no significa que no te guste. Creo que al contrario: porque está prohibido justamente más lo quiere hacer uno. Yo sabía que podría tener problemas, pero prefería no pensar en eso. Y cuando me empecé a dar cuenta, cuando vi cómo murieron un par de amigos míos, por sobredosis en los dos casos, ahí me empecé a asustar. Uno de ellos usaba cocaína, como yo; el otro, Bill, usaba heroína. Y además tenía SIDA. Cuando me miraba en ellos, ahí me asusté y tomé conciencia de lo que estaba haciendo. Pero no podía

hacer mucho en sentido contrario. La droga es algo que te atrapa y ya no te suelta.

Pregunta: ¿Tus padres cómo se enteraron? Y ¿qué hicieron luego?

Respuesta de J.: Creo que para ellos fue una gran decepción. Ellos esperaban otra cosa de mí, estoy seguro. Soy hijo único, y todo su esfuerzo estuvo dedicado toda su vida a que yo fuera otra cosa. Esperaban que fuese ingeniero. De hecho, logré ingresar a la Universidad de Nueva York. Sé que para ellos eso significó un gran esfuerzo, en todo sentido. Había empezado a cursar ingeniería en sistemas, pero ya no pude resistir. Iba muy mal en los estudios, muy mal. En realidad nunca llegué a estar a la altura de las circunstancias. Empecé la universidad porque ya había llegado hasta allí, pero nunca fui un buen alumno, al contrario. Y después vino el derrumbe.

Pregunta: ¿Tus padres de qué se ocupan?

Respuesta de J.: Mi papá es gerente de mercadeo de una empresa de productos electrónicos, y mi mamá es odontóloga.

Pregunta: ¿Cómo fue tu relación con ellos cuando tú eras pequeño? ¿Qué recuerdas de eso?

Respuesta de J.: No podría decir que fuera mala. No, al contrario; tengo sólo buenos recuerdos de mi infancia. Creo que me querían mucho. En realidad yo llegué a las drogas porque me metí para probar, y después ya no pude salir. No podría decir que me hice adicto por algún

problema no resuelto con mis padres. No, para nada: ellos siempre me apoyaron. Fui yo el que los decepcionó.

Pregunta: ¿Por qué dices que los decepcionaste?

Respuesta de J.: Porque ellos esperaban otra cosa de su hijo, no que fuera un drogadicto, que estuviera preso por ladrón, que dejara los estudios, que terminara en un centro de recuperación para toxicómanos. Supongo que ningún padre se podrá sentir bien si un hijo le falla de esa manera, ¿no?

Pregunta: ¿Te consideras una "mala persona"?

Respuesta de J.: No sé. La verdad es que no lo sé. En un sentido, no. Yo, en realidad, no fui un mal tipo. Caí en esto de la droga pero... en realidad no soy una mala persona. Si robé, lo hice sólo para pagar mi consumo. Por supuesto que sé que eso está mal. Ni siquiera querría defenderme ante eso, justificarme de alguna manera. No, no: eso es un delito, y lo sé. Pero yo no era así. Si no hubiera sido por esa desesperación del consumo, ¿qué necesidad iba a tener yo de robar? Mis padres están bien económicamente, a mí nunca me faltó nada, me hubiera podido dedicar a estudiar con comodidad, sin necesidad de trabajar... O sea que si caí tan bajo fue por esto que me sucedió con las drogas que, como me dicen siempre en el centro de recuperación donde estoy ahora, es una enfermedad. Creo que sí, efectivamente: esto es una enfermedad, porque yo no soy una mala persona, un asesino, un criminal. Si a uno le ponen la droga ahí, al alcance de la mano, uno consume. Y punto. Lo demás viene solo.

Pregunta: ¿Y qué piensas hacer ahora?

Respuesta de J.: No lo sé. Querría recuperarme plenamente. Hace poco que estoy en este proceso, no más de un mes. Sé que no va a ser fácil. Ya llevo cinco años consumiendo, y no es sencillo desprenderse de esto. Además, siendo objetivos, sabemos que la recuperación de las adicciones no es nada sencillo, ¿verdad? Por lo que me informé por ahí, tanto alcohólicos como drogodependientes, con buena suerte tienen un porcentaje de recuperación que no supera el 10 por ciento. Y siempre con la horrible posibilidad de recaer. Sé de casos, los he visto aquí, en la comunidad terapéutica, de gente que ha estado hasta 10 años sin consumir, y luego vuelven a caer. Eso me asusta.

Pregunta: ¿Crees que podrías volver a consumir?

Respuesta de J.: De eso nunca se puede estar completamente seguro. Las adicciones, siendo una enfermedad como son, son muy difíciles de vencer. El deseo de consumir es enorme, terrible. Haciendo todo lo que hacemos aquí, en este centro, uno se la pasa ocupado y no piensa en consumir. O no piensa mucho, al menos. Porque, la verdad, siempre te quedan algunas ganas por ahí. Con cualquier cosa que te suceda, un pequeño problema con un compañero o con alguien del centro, problemas que nunca faltan, naturalmente, lo primero que se te ocurre es sumergirte a consumir. Yo, en realidad, no sé nada de psicología, pero por lo que nos dicen los terapeutas con quienes hablamos mucho, y las conclusiones que yo voy empezando a sacar de todo esto, veo que es cierto que la drogodependencia es una enfermedad: a veces siento que es más fuerte que mi voluntad, y que lo único que quiero es salir corriendo de aquí para consumir y consumir hasta morirme. Racionalmente sé que eso no estaría bien, por supuesto; pero a veces me asalta esa idea... y me asusto mucho.

Pregunta: ¿Tú piensas que te sería fácil volver a conseguir droga nuevamente si lo desearas?

Respuesta de J.: ¡Por supuesto! Eso es lo que más me asusta justamente. Cada vez es más fácil conseguirla, en cualquier lado, por todas partes. Ese es el verdadero problema para nosotros, los drogadictos. Son muy pocos los que se recuperan porque la tentación está demasiado a la mano. Es demasiado fácil conseguir lo que uno quiera; en cada esquina tienes un vendedor. De esa manera nadie se recupera. Por eso la tasa de recuperación es tan baja. Si realmente se quisiera combatir el tema de las drogas, tal como se vive diciendo, habría que hacer dos cosas: por un lado, despenalizarlas. Y por otra, terminar con la oferta. Mientras te la sigan ofreciendo por todos lados, los que somos adictos no vamos a poder evitar la tentación. Eso es así de sencillo. La verdad, yo no creo que haya un interés real de terminar con esto. Si no, no sería tan fácil procurarse la droga. Y así, esto nunca se va a terminar.

Pregunta: ¿Cómo piensas que se podría terminar con el mundo de las drogas ilegales? ¿Crees que es posible eso?

Respuesta de J.: No sé si será posible terminar con el consumo. El que conoció los efectos de estar drogado, lamentablemente queda demasiado fascinado. Aunque sepamos que eso es terrible, que nos mata, que nos degrada, quedamos estupidizados por las drogas. Atraen demasiado. Pero si verdaderamente se quisiera terminar, o por lo menos, reducir el problema, habría que despenalizarlas. Yo cada vez me convengo más que uno consume no sólo porque es agradable la sensación que te da andar volando, sino por todo eso otro medio mágico de jugar contra la ley, contra la sociedad, de saltar los límites. ¿Te

imaginas cuántos problemas se evitarían si las hicieran legales? No entiendo por qué todavía no lo han hecho.

3) Un narcotraficante

P., 35 años, originario de México D.F., desde hace varios años está vinculado al cartel de Tijuana. De niño y de joven pasó grandes penurias económicas proviniendo de una familia de extracción humilde. A los 19 años cayó preso por primera vez, por robo a mano armada. Hace 7 años ingresó al mundo del narcotráfico y fue escalando posiciones. Ahora dirige el departamento de logística del cartel. Tiene tres arrestos y cuatro asesinatos en su historial policial. Se mueve siempre con dos guardaespaldas y una pistola Magnum 357 en la cintura. Al sonreír se le ven dos dientes de oro.

Pregunta: ¿Qué piensa del negocio del narcotráfico?

Respuesta de P.: Que es un negocio como cualquier otro, así de simple. Lo que pasa es que está mal visto. Negocios son negocios, y en el mundo en que vivimos todo se maneja comercialmente. ¿O acaso alguien te regala algo? En todo caso, si alguien te regala, serán las monjitas cuando hacen obras de caridad. Pero ni siquiera es así, porque luego te hacen ir a misa. Algún precio hay que pagar por todo. Bueno, las drogas son una mercadería más que se vende y yo me ocupo de venderlas. ¿Qué más podría decir de eso? Lo que pasa es que son ilegales, y ahí viene el problema. ¿Qué me cuentan si el petróleo fuera ilegal? Sí, es medio loco pensarlo así, pero imaginémoslo por un momento: si la gente lo necesita, los gobiernos, las industrias lo necesitan, harían cualquier cosa por tenerlo, pagarían lo que sea, habría guerras, más de las que ya hay por el petróleo. Bueno, sería un caos, ¿verdad? Con las drogas pasa lo mismo, mi hermano. La gente las quiere; nosotros no obligamos a nadie a consumir. El que las quiere lo

decide en su sano juicio, las paga con su dinero. Yo lo único que hago es limitarme a vender esa mercadería, igual que el tipo que vende leche, o ropa.

Pregunta: Pero hay alguna diferencia entre vender leche o ropa y vender drogas.

Respuesta de P.: Básicamente la diferencia es que una cosa es legal y otra no. Porque si se mira como negocio, todo, absolutamente todo lo que se fabrica, lo que se produce en algún lugar, se hace para vender. Aunque sean estupideces que no sirven para nada; aunque, incluso, sean cosas dañinas. ¿Ustedes podrían decirme por qué se vende tabaco con alquitrán y nicotina? Todos sabemos que eso da cáncer –y les aclaro que yo fumo–, pero se vende. ¡Y mucho! ¿Y qué me dicen del alcohol? Todos sabemos que es uno de los grandes negocios del mundo. ¿Para qué se vende el alcohol: cerveza, whisky, vino, tequila, champagne, y las mil bebidas que existen por ahí? Todas hacen mal, lo sabemos –les aclaro que yo también bebo, no me voy a hacer el puritano–. Pero se venden y nadie dice una palabra. Y los gobiernos no persiguen a los que las venden, ni a los que las fabrican, ni tampoco a los que las consumen. El mundo es puro negocio, mi hermano, y todo lo que se produce es para vender, no importa si es leche, ropa, drogas o sexo. El sexo también se vende. ¿Ustedes saben cuáles son las páginas más consultadas en internet? ¡Las páginas porno! Y las películas pornográficas son uno de los negocios que más están creciendo. Así que no nos vengamos a hacer los moralistas, las monjitas inocentes. Que las drogas que nosotros vendemos, la cocaína y la marihuana, sean ilegales, eso es otro asunto. ¿Por qué no ilegalizan la venta de armas? ¿Ustedes saben cuál es el negocio más grande del mundo, no? ¡Las armas, compadre! ¡Las ar-mas! ¿Y para que diablos sirven las armas?

Reconozco que la ropa o la leche sirven para algo bueno. Pero... ¿las armas? Bueno, como sea, es lo que más se vende en este mundo. ¡Y eso sí que mueve dólares! Ya no hablemos de una escuadrilla como esta que cargo aquí –tampoco me voy a hacer el puritano con esto: ya me despaché a cuatro yo directamente, además de todos los que mandé a matar con mis muchachos–. Pero díganme: ¿cuánto cuesta un avión bombardero super moderno de los gringos? ¿Y un submarino nuclear? Eso sí que es negocio. Y nadie lo prohíbe. Y a nadie se le va a ocurrir ir a perseguir y meter presos a los de la Boeing, o de la Lockheed Martin, o los de la Microsoft, o IBM, o los que hacen computadoras, esos de la Hewlett-Packard, o empresas como Raytheon y Sun Microsystems, toda gente muy respetable, blancos y de saco y corbata. Porque son ellos los que fabrican todas esas armas complicadísimas, de super avanzada: misiles, armas químicas y no sé cuántas cosas más. Hay una bomba que cuando la tiran vuelve maricones a los soldados enemigos y hacen que se mueran por los gringos, que dejen sus armas y se vayan tras ellos. ¿Qué me cuentan? Esas armas cuestan fortunas. Y nunca persiguen a los que las venden. ¡Son legales! Pero a nosotros, los inditos patapolvosa de cuarta que vendemos las drogas que ellos se hartan, a nosotros sí nos persiguen. Entonces: ¿qué diferencia hay entre una mercadería y otra?

Pregunta: Es que las drogas estas que ustedes trafican son productos muy dañinos. ¿Cuánta gente muere por día por consumirlas?

Respuesta de P.: ¡Por favor! ¿Acaso esas armas de las que estamos hablando son para tirar flores, para curar enfermos? ¿Quién mata más? Lo que pasa es que si hacen legal nuestro negocio, perdemos muchos. Yo no voy a negar que sea un delincuente, por supuesto. Nací y me crié

entre ladrones y putas; por suerte no caí preso nunca de menor, nunca estuve en un reformatorio. A duras penas llegué a segundo año de escuela media; me crié en la calle, entre malandrines, entre lo peor de lo peor del D.F. Y por supuesto que soy un delincuente. ¿Por qué iba a negarlo? Un delincuente y con rasgos indígenas. Claro que vivo del crimen, por supuesto. No me voy a venir a hacer la ovejita con tres ingresos a la policía. Con todo lo que hice ya a mis 35 años tengo para ir varias veces al infierno. No me arrepiento: soy lo que soy, y punto. Y el narcotráfico es un negocio para puros machos, se hace a los plomazos. Pero que no me vengan a decir que es un negocio peor que otros. Si lo hicieran legal, sería como con el licor o los cigarrillos. Antes eso era lo peor del mundo, acuérdense de Al Capone. Pero cuando lo legalizaron, los industriales que se dedican al asunto pasaron a ser unos respetables señores, igual que los que venden las armas. Seguro que esos tipos van a la iglesia, y hasta se confesarán. ¿Cuántos niños mata una bomba de racimo cuando explota? ¿Y a cuánta gente que anda por el monte trabajando, o jugando en el caso de los niños, una mina no le vuela una pata? ¿Quién va preso por eso? ¿Quién debería ir preso en todo caso: el militar que da la orden, el fabricante de esos artefactos, los gobiernos que las permiten, o el soldado que la puso? Lo cierto es que nadie va preso; y en el peor de los casos, seguro que iría el soldadito. Y lo peor: nadie va a tratar de "despreciable asesino" a los que fabrican las minas, o a quienes las venden. Pero sí nos tratan de lo peor a los que vendemos las drogas. ¿Por qué? Miren, muchachos, no seamos hipócritas: ahí hay una doble moral asquerosa. Son los gringos, o los europeos, esos países llenos de dólares, los que más consumen drogas. En los Estados Unidos cada día entra una tonelada de droga: ¡una tonelada! No estamos hablando de medio kilo, o de 20 kilos. Eso, por último, hasta en una maleta pasa. Pero una tonelada no es poco. Alguien tendrá que hacerse el distraído y mirar para otro lado para que

todo eso pueda pasar. Nos corren, nos persiguen; o, al menos, dicen que nos corren. Y por allí decomisan algo. Pero necesitan hacer todo ese show. Si fuera legal y se pudiera comercializar igual que el maíz o el café, se termina el negocio. ¡Por supuesto que mucho mueren por culpa de las drogas! Pero ese no es un problema mío. Si quieren consumir, que consuman. Nadie los obliga. Es como el que se quiere matarse conduciendo un carro a 200 kilómetros por hora: nadie lo obliga. En nuestros países se consume un poco, pero ese no es el problema. Aquí la gente no tiene ni para la comida, así que el asunto de las drogas es secundario. Los que consumen de verdad son los gringos, los del norte: ahí se va el 95 % de la producción. Si quieren droga, que después no jodan. Hacen el show diciendo que somos unos delincuentes, ponen leyes de extradición para los narcos, nos persiguen... Pero gracias a nosotros es que muchos allá viven bien.

Pregunta: Aclárenos un poquito. Usted dice que gracias al narcotráfico hay muchos que se benefician en el norte, en Estados Unidos. ¿Quiénes y de qué manera se benefician?

Respuesta de P.: ¿Ustedes creen que si realmente quisieran perseguir el tráfico ilegal de drogas no lo harían? Dicen que fumigan en las montañas de Colombia, pero cada día hay más hectáreas sembradas con coca, o con marihuana. Esto de la droga ilegal es un gran negocio para muchos. Para mí, por supuesto. Yo fui un marginal todo mi vida, un delincuentillo muerto de hambre, y recién ahora, hace unos años, desde que me hice cargo de parte de las operaciones del cartel, estoy bien económicamente. Nunca le había podido comprar una casa a mi viejecita, que hasta no hace poco tenía que lavar ropa ajena para sobrevivir. Recién ahora pude hacerlo: le compré una hermosa casa en un barrio respetable en la ciudad de México. Y hasta dos sirvientas le

pago. Yo me beneficio con el negocio, por supuesto. Pero no se crean que es tan fácil: vivimos siempre al borde. ¿Para qué creen que llevo siempre dos guardaespaldas? ¿Para hacerme ver? No, es por seguridad, realmente por eso. La vida de un narco no es cosa fácil; como les dije, es cosa de machos. Los que más nos joden son los de la policía, por supuesto. Pero ellos son tan muertos de hambre como nosotros. ¡O peores! No sé quiénes son más delincuentes, si ellos o nosotros. Ellos cumplen órdenes y tienen que venir tras los narcos, a veces, simplemente para negociar cuánto van a dejar pasar. El negocio, el verdadero y gran negocio lo hacen los peces gordos. ¿Dónde va a parar tanto dinero? A los bancos gringos. En los Estados Unidos viven diciendo que somos el cáncer que les manda la droga, pero sucede ahí como con los indocumentados: viven diciendo que no nos quieren, despreciándonos, ahorita construyendo ese muro en el desierto para que no nos pasemos, pero en definitiva nos necesitan. ¿Quién haría el trabajo sucio allá si no fueran los inmigrantes ilegales? Acaso un trabajador rubiecito, un gringo, ¿está dispuesto a ir de basurero, de albañil, de sirvienta? ¡Por supuesto que no! Por eso necesitan los “espaldas mojadas”, los indiecitos ilegales que les caemos por miles. Y lo mismo pasa con la droga. Allá consume hasta el perro. Todos, ricos y pobres, hombres y mujeres, blancos y negros. Necesitan droga, quieren drogan, nos la piden a gritos. Nosotros simplemente se las hacemos llegar. Pero los muy cabrones, el gobierno me refiero, nos pone trabas: en vez de dejar comerciar libremente –el tratado de “libre” comercio es una mentira, es cualquier cosa menos libre–, en vez de permitirnos el comercio, nos hace ilegales. Así, por supuesto, pueden hacen subir los precios. Y de esa forma muchos se benefician: la policía, la DEA, el ejército. Necesitan tener estos “criminales” delante de ellos para justificarse. Si no hubiera estas bandas de monstruos como nos quieren hacer ver, muchos se quedarían sin trabajo en Estados Unidos. Además

–y esto es lo más importante, créanme– con tanto control que ponen por ahí, en realidad no buscan detener el negocio de la droga. Es puro montaje. Yo sé positivamente que de toda la droga que se decomisa – que en verdad es muy poca– prácticamente nada es la que se destruye. Eso se recicla y se vuelve a vender. Todos hacen lo mismo, la DEA, la Federal en Estados Unidos o la policía mexicana. Me acuerdo una caricatura que vi una vez y me pareció muy explicativa: en un operativo detienen un camión cargado de cocaína. Entonces se ve al comandante del grupo pasando la información a un subalterno: “sargento, fue un muy buen golpe. Incautamos dos mil kilos de cocaína de buena calidad. Informe a la base que recuperamos mil quinientos kilos”. Viene el sargento y llama al radio-operador: “soldado, informe a la base que hemos detenido mil kilos”. Y el soldado agarra el radio y transmite: “cuartel general, ¿me copia? Les informamos que el operativo fue todo un éxito. Decomisamos quinientos kilos”. Bueno, así es todo el circuito.

Pregunta: Entonces ¿no tiene solución esto del narcotráfico?

Respuesta de P.: Para ser franco, yo no lo sé. Pero como van las cosas, me atrevo a decir que no. O no por ahora. Esto es un negocio demasiado grande y hay demasiados, pero demasiadísimos intereses en juego como para esperar que se vaya a terminar. Nosotros, los narcos, pasamos rápido. Cada uno de nosotros está unos pocos años en el negocio. Esto, como les dije, no es cosa fácil; es cosa de aprovechar el poco tiempo que a uno le toca. Yo sé que en cualquier momento me voy para el otro lado: la policía u otra banda, alguien me puede cocer a balazos, ya lo sé. Son los riesgos del oficio... Pero aunque nosotros somos pasajeros, los dólares ahí siguen estando, y corriendo. Y la gente no va a dejar de consumir. ¡Al contrario! Cada día se consume más. Yo

no sé si algún día va a terminar todo esto, pero por ahora, estoy seguro que no.

Pregunta: ¿No tiene miedo a que lo maten entonces?

Respuesta de P.: ¿Miedo? ¿Y por qué iba a tener miedo? Mi vida siempre estuvo al borde. Tuve suerte de llegar a los 35, así que no tengo de qué quejarme. Sé que en cualquier momento pueda ya no estar. Pero lo que sí les puedo asegurar es que si me muero, de sobredosis no va a ser. ¡No soy tan imbécil!

4) Un funcionario del gobierno estadounidense

W., 54 años, funcionario del Departamento de Estado de Estados Unidos. Asesor para la Oficina de Asuntos Latinoamericanos. Trabajó para la administración federal tanto con republicanos como con demócratas. Graduado en Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard, es uno de los principales diseñadores de las políticas antidrogas del gobierno central.

Pregunta: ¿Por qué el gobierno de Estados Unidos insiste tanto con el problema de las drogas ilegales, o mejor aún, en el combate contra el tráfico de esas drogas?

Respuesta de W.: Porque esa es una verdadera prioridad para nuestros intereses estratégicos, tantos los actuales como los de un futuro a medio plazo. No es cualquier tema: le aseguro que es un tema de alta prioridad. En eso se juega buena parte de nuestro proyecto como nación.

Pregunta: ¿Pero por qué es tan importante?

Respuesta de W.: Pues porque eso nos brinda una posibilidad perfecta para actuar. El tema, en sí mismo, es ya de por sí muy sensible. Casi me atrevería a decir que es más bien "sensiblero". Lo es ya en forma natural, y por supuesto lo será mucho más si lo sabemos manipular convenientemente. Y por cierto, de esto no me caben dudas: lo hemos sabido manipular. Desde hace ya muchos años, yo diría que como unos treinta, lo hemos instalado, tanto en nuestro país como en todo el

mundo, como un problema importante. Es cierto que a nadie le gusta convivir con un drogadicto. Es lo mismo que un alcohólico: son personajes un poco irritantes, molestos. Si a eso se le suma una buena campaña para satanizarlos, se pueden conseguir resultados fabulosos. Con la droga lo hemos logrado, por supuesto que sí. Buena parte de la gente está tocada por este tema, con una mezcla de sentimientos: asustada, espantada, preocupada. A nadie le gustaría tener un hijo drogadicto, ¿verdad? Un drogadicto produce cierto escozor, digámoslo así. Por tanto, todo el mundo se cuida en esto. Hay un sentimiento de temor y al mismo tiempo de rechazo. Bueno, eso nos sirve.

Pregunta: ¿Les sirve? No está claro; ¿en qué sentido sirve? ¿A quién y para qué sirve?

Respuesta de W.: Bueno, hablemos claramente. En el mundo hay mucha gente que consume drogas ilegales. ¡Muchos! En los países ricos: nosotros y Europa, hay millones de gente que consume. Al menos una vez en su vida es probable que casi un tercio de toda la población mundial en alguna ocasión haya probado alguna droga ilegal. La marihuana, ya lo sabemos, es lo más fácil, lo más habitual. Es sencillo conseguirla, no es tan dañina, hasta da cierta categoría. En ciertos ambientes, que no son pocos, es casi una obligación fumarse de tanto en tanto un cigarrillo de marihuana. Y el éxtasis ya se ha popularizado bastante también. Las drogas más fuertes, la cocaína y la heroína, eso ya es palabra mayor. Pero, seamos francos: se consumen mucho también. Pero, miren, les voy a decir algo: todo esto lo tenemos bajo control. Sabemos con bastante precisión cuántos drogadictos podemos permitirnos, hasta dónde tensar la cuerda. Un puñadito –porque, en definitiva, eso son– nos es funcional. Si se nos fuera de las manos y todo el mundo se volviera consumidor compulsivo, ahí sí que tendríamos

un problema. Pero eso no sucede. Nuestros muchachos saben bien cuánto distribuir. Necesitamos unos cuantos que queden pegados, para asustar con eso. Hoy día cualquiera sabe lo que es un drogadicto y lo que eso significa. Pero necesitamos muchísimo más que se le haya perdido el miedo a las drogas y que todos quieran permitirse algún consumo por ahí. Es como tomarse un trago: no todo el mundo es alcohólico crónico, pero sí todo el mundo se echa su cerveza o su whisky. A los fabricantes de alcohol eso les viene muy bien. Bueno, con la droga pasa otro tanto: da dinero, mi amigo. ¡Da mucho dinero! Pero además –eso es lo que más me interesa a mí como funcionario público, visto que no soy un magnate banquero– lo más importante es que permite desarrollar nuestros planes de control social global.

Pregunta: ¿En qué sentido es un plan de control social?

Respuesta de W.: Me explico. Las poblaciones, lo sabemos, deben estar vigiladas, controladas. Se necesita ejercer un poder continuo, porque la gente no se puede autogobernar. Todas esas ideas de poder popular, de autogobierno, etc., etc., ya sabemos que son puras quimeras. La experiencia ha demostrado fehacientemente que los regímenes comunistas que tuvieron lugar el siglo pasado fracasaron todos. La gente no sabe ni puede gobernarse por sí misma. Es ahí donde entramos nosotros. ¿Para qué están los gobiernos si no? Nosotros, el gobierno de los Estados Unidos de América, la primera potencia del mundo, con la economía más fuerte del mundo, el primer poder militar del mundo, tenemos la obligación de velar por el orden planetario. Y para eso es que implementamos distintas medidas. No importa que lo que se diga sea cierto o no: mentiras piadosas, podríamos llamarlas. Es como con los niños: ellos creen en Santa Klaus. Sería cruel quitarles esa ilusión. Si ellos creen en esa historia, si eso les sirve para crecer, para

estar felices, ¿por qué habríamos de quitárselo? Quiero decir: los que mandan, los padres en este caso, siempre necesitan una cuota de... ¿cómo decirlo?, de mentira piadosa para llevar a los hijos por el buen camino. Lo mismo sucede, salvando las distancias, con los grandes poderes: hay que saber ingeniárselas para controlar positivamente a las grandes masas. Los emperadores de la antigüedad lo hacían con el látigo. Hoy somos más civilizados, y para eso tenemos todo un arsenal de recursos técnicos infinitamente más sofisticados. Entre esas cosas, hoy tenemos los medios de comunicación. Y gracias a ellos, entonces, podemos desarrollar esto del narcotráfico. Con eso controlamos. Controlamos. ¿Está claro? Las poblaciones deben ser controladas, llevadas de la mano. Hay que decirles por dónde ir. Pero el arte consiste en hacerlo sin que la misma población lo sepa, sin que se dé cuenta que está siendo conducida. Un francés, Paul Valery, dijo algo muy inteligente: *"la política es el arte de evitar que la gente tome parte en los asuntos que le conciernen"*. Es como con los niños. Se creen lo de Santa Klaus, y hasta quedan contentos con eso. Y cuando lo descubren ya de más grandes, no se enojan por haber sido engañados; porque en realidad, no fueron engañados. Al contrario, reconocen que eran una necesidad, hasta agradecen. La gente, entonces, necesita ser guiada.

Pregunta: Usted habló de "control social", que no es lo mismo que "guiar". ¿Podría explicarnos un poco más detalladamente esto? ¿Por qué hay que "controlar" a la gente?

Respuesta de W.: Porque la gente sola está demostrado que no sabe comportarse. En cualquier país sucede lo mismo: si un día, por el motivo que sea, no hay policía, comienzan los desmanes, los saqueos. Si un día se descomponen los semáforos, las ciudades se vuelven un caos. Alguien tiene que guiar, ordenar, conducir. Eso es el control social. Para

eso trabajo yo y mi agencia. Desde hace años yo vengo haciendo ese trabajo: me encargo de evitar estallidos sociales, de mantener a la gente bajo control. Y esto de las drogas nos viene como anillo al dedo. Como le decía hace un instante, hay empresarios que hacen muchísimo dinero con esto. Como se dijo alguna vez: "si es bueno para la Ford, es bueno para Estados Unidos", de la misma manera se podría decir: "si es bueno para los bancos que mueven todo ese dinero, es bueno para Estados Unidos". Gracias al negocio les puedo asegurar que se mueven muchos, pero muchísimos dólares. Y eso es bueno para el país. Pero además, gracias al miedo que infunde todo el mundo de las drogas, al ser un tema tan sensible este, es fácil crear todo un monstruo con el que controlar. La gente con miedo, lo sabemos, es más fácilmente controlable, manipulable. Con las drogas, si bien mucha gente las usa, también mandamos el mensaje de: "¡cuidado, te pueden agarrar!" Eso, dentro del país, nos es útil. Pero infinitamente más útil nos es de fronteras afuera. Gracias al monstruo del narcotráfico –un monstruo similar al terrorismo, al fundamentalismo musulmán– podemos intervenir en cualquier parte del planeta donde nuestros intereses vitales así lo indiquen. ¿Ustedes se han dado cuenta cabalmente de lo que significa, por ejemplo, descertificar a un país que no colabora con la lucha contra el narcotráfico? Eso nos da pie para hacer lo que queramos. En nombre de esa lucha podemos tomar cualquier iniciativa, desde legal hasta militar. ¡Eso es grandioso! Donde sea, podemos intervenir. Donde sea y cuando sea, con la excusa del combate a los narcos, podemos actuar. Antes se necesitaba consensuar las acciones en Naciones Unidas; eso era pesado, engorroso. Además, podía haber países contrarios a nuestros intereses que nos obstaculizaban los proyectos. Pero ahora no. Reconocido como está por todos los sectores el flagelo de las drogas y de los que las trafican, ¿quién se opondría a que interviniéramos para salvar a nuestra juventud, o incluso, a la juventud

del mundo? Lo nuestro es una tarea humanitaria. Salvamos al mundo de la caída en un infierno. Bueno, eso es la lucha contra el tráfico de narcóticos: la llave que nos posibilita golpear donde necesitamos hacerlo. Así de simple. Y permítanme decirles que tenemos con qué golpear. Déjenme leerles el documento del Comando Espacial de la Fuerza Aérea "Plan Maestro Estratégico para el año 2004 y más allá", publicado el 5 de noviembre de 2002. Literalmente puede leerse ahí: *"Una capacidad de ataque viable, pronta y global, ya sea nuclear o no nuclear, permitirá a Estados Unidos golpear rápidamente contra objetivos de alta retribución, difíciles de vencer, desde distancias seguras dando a los comandantes en guerra la habilidad veloz para negar, retrasar, engañar, trastornar, destruir, explotar o neutralizar objetivos en horas o minutos, en vez de semanas o días, incluso cuando las fuerzas propias o sus aliados tengan una escasa presencia avanzada"*. Cada vez que veo cosas así, me emociono. ¡Ese es mi gobierno! ¡Esa es la fuerza que tenemos! Y si los narcotraficantes son nuestro enemigo, pues ahí estarán nuestros muchachos...

Pregunta: Pero el consumo de drogas, ¿es realmente un peligro, o no? Usted decía que lo tenían bajo control. ¿Por qué dice ahora que los narcotraficantes constituyen un peligro, son el enemigo?

Respuesta de W.: Tienen razón, creo que no fui lo suficientemente claro. Me explico mejor: hemos montado, fundamentalmente a través de los medios masivos de comunicación, y Hollywood nos fue fantástico para esto, un cierto temor a las drogas. Pero con eso, al mismo tiempo, las hemos colocado como una realidad de estos tiempos. Nos guste o no, todos tenemos que vérnosla con las drogas. Así logramos que sea un producto más a consumir. Es decir, primer objetivo cumplido: una mercadería más que da dólares, como cualquier producto que se

mercadea y se impone, sean televisores, carros, zapatos o leche malteada. Pero con eso se anuda el segundo objetivo, que es lo que hemos logrado imponer pacientemente gracias a un acabado trabajo de goteo. Es decir: hacer ver las drogas como el producto de unas mafias tenebrosas que nos meten un virus venenoso. ¿No sé si me logro hacer entender? Las drogas son una porquería, pero si se consumen: tanto mejor. Bienvenido el consumo. Con las drogas nunca va a haber estallidos sociales, que es de lo que yo me tengo que ocupar. Ojalá no sean nuestros hijos las que las consumen, claro. Pero alguno las va a comprar. Lo importante, al menos en lo que a mi trabajo concierne, es conectar el campo de las drogas con el delito, con el crimen. Se trata de hacer ver que tras las drogas ilegales –que seguirán siendo ilegales, por supuesto, porque si no, se nos termina el negocio– las drogas ilegales, entonces, deben presentarse como la consecuencia de unos delincuentes peligrosísimos que se constituyen en un peligro social y contra el que nosotros, como gobiernos, como padres de familia, como buenos ciudadanos, estamos obligados a actuar. ¿Quién podría oponerse a eso? La coartada es perfecta: si mi hijo se vuelve drogadicto, la culpa la tienen estos mafiosos del demonio de Colombia, o de México, o de Afganistán, que nos mandan estos venenos. Conclusión: hay que actuar contra esos delincuentes internacionales. Y actuar con fuerza, con mucha fuerza. Hay que montar una gran campaña para mostrar que esos criminales andan sueltos y representan un monumental peligro para la civilización, así como antes lo fueron los rusos, o los chinos de Mao. ¿Me entiende? La gente se termina creyendo cualquier cosa, y si se trata de temas sensibles como la seguridad de los hijos, está dispuesta a aceptar lo que sea. Pablo Escobar dijo alguna vez: *"no soy de Medellín, Medellín es mío"*. Quizá él mismo se lo creyó, y hasta llegó a ser cierto en parte. Estos mafiosos tienen, sin dudas, una considerable cuota de poder. Pero nosotros, el verdadero poder del planeta,

necesitamos unos cuantos Pablo Escobar por allí, unos cuantos Arnoldo Noriega, para montar nuestros planes. Seguro que estos tipos son unos hijos de puta. Pero, como dijo Roosevelt refiriéndose a Somoza en Nicaragua, "*son 'nuestros' hijos de puta*". Podemos militarizar el mundo completo para apresar a esos monstruosos delincuentes. ¿Para qué invadimos Panamá en 1989? Para extraditar a este peligro andante, este hijo de puta de Noriega. ¿Me entienden? ¿Qué nos posibilita un hijo de puta como Escobar en Colombia? Muy fácil: el Plan Colombia. Es decir: hemos logrado hacer creer que estos malandrines, tal como ustedes me lo preguntan, son el enemigo. ¡Entiéndanlo, muchachos! Ese es el montaje. El peligro sigue estando en la gente, en las masas, en esos niñitos que son los pueblos y que no pueden andar si no es con el apoyo nuestro, de los predestinados. Mi trabajo consiste en eso: en tener tranquilitos, maniatados, bien ordenaditos a los millones de personas que andan por ahí. ¿Quieren que se los diga de otra manera? Mi trabajo y el de mi equipo, desde esta oficina gubernamental que dirijo, consiste en mantener bien controlada a la gente. Por eso usamos el argumento del narcotráfico.

Pregunta: ¿No le parece un poco cínico todo esto? ¿No es, en efecto, una monstruosidad inventar todo esto para controlar a la gente?

Respuesta de W.: Miren, si venimos con esos pruritos de moralidad, no entendemos nada. ¿Para qué creen que están los gobiernos? ¿Para gobernar para el bien de todos? ¡No seamos ingenuos, muchachos! Me permito citar palabras de ese comunista que fue Lenin, el cabecilla de la revolución bolchevique. ¡No vayan a creer que soy comunista!, por favor. Pero creo que vale la pena citarlo, porque realmente da en el clavo. El decía, en un libro de 1917, escrito un tiempito antes de la

revolución comunista, un libro que se llama "El Estado y la revolución" que *"el Estado es el producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase"*. Brillante concepto. El Estado, la maquinaria estatal está para defender a una clase. Que luego se haga creer que es para todos, que vela por el bien público, etc., etc., ese es nuestro trabajo, los que inventamos estos programas para tener tranquilita a la gente. Los gobiernos –y mucho más que nadie el gobierno de los Estados Unidos de América, el país más poderoso de la historia– los gobiernos están para administrar... y para defender a los poderosos. ¿Para quién creen que trabajo yo: para las compañías multinacionales o para los sindicatos? ¿Para la Coca-Cola y la General Motors o para Michael Moore, o para los asalariados que no superan los 25.000 dólares anuales, o para todos esos inmigrantes ilegales que nos invaden y a los que tenemos que pagarle seguro social? Seamos serios, no digamos pamplinas: el gobierno tiene la obligación de defender los intereses de los encumbrados. Antes a mí me daba vergüenza decirlo tan abiertamente, pero llegué a la conclusión que no hay que ser cínicos, que no hay que tener un doble discurso. El narcotráfico es un arma de dominación que nos permite a nosotros, la primera potencia del mundo, seguir siendo potencia. Si necesitamos los productos de la Amazonia, o el petróleo de Venezuela, o el gas de Afganistán, ¿por qué no usar el tema de la planta de coca o de amapola como una buena excusa para cercar esa zona y caerles cuando lo consideremos más oportuno? Y si además esas zonas están plagadas de guerrilleros izquierdistas ¿qué mejor justificación que un flagelo de dimensiones colosales, una nueva plaga bíblica, para mandar nuestros muchachos? O, mejor aún, nuestras bombas teledirigidas. Lo de "narcoguerrilla" es un buen invento, funciona. Una vez que lo pusimos a rodar, la gente lo repite. Y unir dos monstruos de esas proporciones nos es útil. Miren, muchachos: no nos

hagamos los tiernos, los ingenuos. A la gente hay que ponerla en vereda, y ese es mi trabajo.

Pregunta: ¿Pero no le remuerde la conciencia hacer esto?

Respuesta de W.: ¿Remorderme la conciencia? Y... ¿por qué? Si para hacer todo esto me pagan. Y les aseguro que no me pagan nada mal. Este es mi trabajo, y más bien me siento orgulloso de él.

Pregunta: ¿Y qué diría si su hijo sale drogadicto?

Respuesta de W.: Ah... sería triste, ¿no? El que se hace consumidor crónico se jodió, es muy difícil salir de eso. Tengo dos hijos adolescentes, un varón y una mujer, y siempre les digo que no consuman, que sean responsables. Creo que lo mejor es hablar mucho con ellos. Soy un buen cristiano.

Bibliografía

Betancourt Santiago, Milson. *"El movimiento de campesinos cocaleros del Putumayo en Colombia"*. Universidad Andina Simón Bolívar. Quito, 2004.

Blanes, José y Mansilla, H.C.F. *"Cinco tesis sobre el trasfondo del complejo coca/cocaína en Bolivia"*. http://www.nuso.org/upload/articulos/2486_1.pdf

Carrera, Hernán. *"EEUU y los quinientos mil millones de dólares del negocio de la droga"* www.rebelion.org/mostrar.php?tipo=5&id=Hern%C3%A1n+Carrera&inicio=0

Castillo, Fabio. *"Los jinetes de la cocaína"*. Editorial Documentos Periodísticos. Santafé de Bogotá, 1988.

Castro de la Mata, Ramiro y Zavaleta Martínez-Vargas, Alfonso. *"Los campesinos cocaleros peruanos y el problema de las drogas 2001"*. Editorial CEDRO. Lima, 2002.

Cockburn, Alexander. *"Why they hated Gary Webb?"*
<http://www.counterpunch.org/cockburn12182004.html>

Cohen, Stanley. *"Visiones del control social"*. PPU. Barcelona, 1988.

Consejo Nacional de Lucha Contra el Tráfico Ilícito de Drogas - CONALTID-, República de Bolivia. *"Estrategia de Lucha contra el*

Narcotráfico y Revalorización de la Hoja de Coca". Presidencia de la República. La Paz, 2006.

Contreras, Joseph y Garavito, Fernando. *"Biografía no autorizada de Álvaro Uribe Vélez"*. Editorial Oveja Negra. Santafé de Bogotá, 2002.

Chomsky, Noam. *"Hegemonía o supervivencia. El dominio mundial de EEUU"*. Editorial Norma. Santafé de Bogota, 2006.

Embajada de los Estados Unidos de América en Colombia. *"Los efectos de la descertificación"*. <http://bogota.usembassy.gov/wwwsdsc.shtml>

Foucault, Michel. *"Vigilar y Castigar"*. Editorial Siglo XXI. Madrid, 1975.

Fumeta, Al. *"Afganistán; 'Guerra por el control de la heroína'"*.
<http://alf.trota-mundos.com/?p=48>

Fundación Antidrogas de las Américas. <http://www.drogas.com/>

Katz, Claudio. *"El rediseño de América Latina"*. Ediciones Luxemburg. Buenos Aires, 2006.

Labrouse, Alain. *"La droga, el dinero y las armas"*. Editorial Siglo XXI. México, 1993.

Lucier, James. *"Documento Santa Fe IV: El futuro de las Américas: temas para el nuevo milenio"*. 2000. http://docs.google.com/Doc?id=w.dwr226_3fmc5p

Medina, David Javier. *"El horror de la violencia y el Apocalipsis del Plan Colombia"*. <http://colombia.indymedia.org/news/2003/02/1419.php>

Mirtenbaum, José. *"El ALCA a la luz de la doctrina de la guerra contra las drogas"*.

http://www.mamacoca.org/FSMT_sept_2003/es/doc/mirtenbaum_alca_y_coca_es.htm#_ftnref21

Morales, Evo. *"Necesitamos socios, no patronos, no dueños de nuestros recursos naturales"*. <http://www.nodo50.org/cesc/Documentos/ONU.EvoMorales.200906.pdf>

Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (UNODC). *"Las Naciones Unidas contra la Droga"*

<http://www.un.org/spanish/Depts/dpi/boletin/drogas/>

Organización Mundial de la Salud, OPS/OMS. *"Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas relacionados con la Salud"*. Décima Revisión. OPS/OMS. San José, 2003.

Pampillón, Rafael y Verna, Gérard. *"Ley del mercado y narcotráfico: el caso de Colombia"*. Revista "Política Exterior", Nº 45. Madrid, 1995.

Panneta, Linda. *"Plan Colombia"... "plan de muerte"*.

<http://www.visionesalternativas.com/militarizacion/articulos/pcolom/2.htm>

Pegoraro, Juan. *"Inseguridad y violencia en el marco del control social"*. "Espacio Abierto". Vol. 10 Nº 3. Cuaderno Venezolano de Sociología, Universidad del Zulia. Maracaibo, 2001.

Presidencia de la República de Colombia. "Plan Colombia". 1999.

<http://bogota.usembassy.gov/wwwsplan.shtml>

Ramírez, María Clemencia. *"Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del"*

Putumayo". Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Santafé de Bogotá, 2001.

Ruilova Quezada, Eduardo. "*Colombia: El Plan Patriota y sus secuelas*"
<http://www.nuestraamerica.info/leer.hlvs/3324>

Sarmiento, Libardo y Morento, Carlos. "*Narcotráfico y sector agropecuario en Colombia*". Revista "Economía Colombiana" N° 226-227. Bogotá, 1990.

Serrano, Pascual. "*¿Estados Unidos luchando contra el narcotráfico?*"
<http://www.pascualserrano.net/5-MAYO-02/16-05-02forosocial-eeunarcotrafico.htm>

Sevares, Julio. "*El dinero sucio, sangre del sistema económico y el poder*" www.argentina.attac.org/

Valbuena, Carlos. "*El cartel de los corridos prohibidos*". Printer Colombiana. Santafé de Bogota, 2006.

Verbitsky, Horacio. "*Mirando al Sur. Militares y policías en el siglo XXI*".
<http://www.rodelu.net/2004/semana46latinoam26c.htm>

Yaría, Juan Alberto. "*La existencia tóxica. Manual Preventivo de las Adicciones y el Sida*". Editorial Lumen. Buenos Aires, 1993.